

Francisco Máñez Iniesta



LA RENDICIÓ

Edición preparada por Salvador Pavía



LA RENDICIÓN

CONCEJALÍA DE CULTURA
EXCMO AYUNTAMIENTO DE PETRER



FRANCISCO MÁÑEZ INIESTA es, desde hace más de treinta años, uno de los motores de reactivación cultural más potentes con los que cuenta Petrel. Allí donde apareciera una mínima llama formativa, allí había estado Paco encendiendo la brasa y aventando el fuego. Por eso no es raro ver su nombre en las actas de fundación de muchas instituciones: el Club de la Juventud, la Asociación Ciudadana y Cultural, el Aula de Cultura de la Unión de Festejos... En su paso por la directiva de la Unión de Festejos quiso acentuar los rasgos de la Fiesta más puramente petrelenses.

Es un letraherido: ha sido redactor de los periódicos *Villa*, *Nuevo Ciudad*, *The Boñ*, *El Carrer*, *El Fester*; de las revistas *Festa* y también de *Moros y Cristianos*. Sus artículos en esas y en otras publicaciones provinciales formarían un buen tomo. Su otra pasión es la fotografía. Él, entre otros, creó y dirigió el Foto Cine Club de Petrel. Ha realizado varias películas de vídeo sobre la Fiesta y la historia local; uno de ellos, *Sinfonía Hispano-árabe*, obtuvo diploma en Berlín en 1992.

Después del estreno de *La Rendició* ha seguido escribiendo para el teatro. Permanece inédita su adaptación, a las fiestas de Petrel, de la zarzuela *Moros y Cristianos*, así como su drama *Saharauis* y la escenificación de numerosas anécdotas del médico Antonio Payá. Ahora está plenamente entregado a la reconstrucción, también para la escena, de lo que pudo ser este pueblo en la época romana: *Villa Petraria*.

Yo sé que Paco Máñez, autodidacta, hombre bueno, tiene como el mayor de sus orgullos haber sido el amigo íntimo de Paco Mollá, de ser el albacea de su obra literaria.

Francisco Máñez Iniesta

LA RENDICIÓN

Edición preparada por Salvador Pavía

MÁÑEZ INIESTA, Francisco

La rendició / Francisco Máñez Iniesta; [prólogo Salvador Pavía Pavía]. –
Petrer: Ayuntamiento, D.L. A-1401-1998. – 136 p.: il.; 20 cm. – (Mosaic; 4).

ISBN: 84-921556-8-X

I.Petrer-Historia-Siglo XIII

I.Pavía Pavía, Salvador, pr.

II.Petrer. Ayuntamiento, ed.

III.Título

821.134.2-24“19”:946.031.5 Petrer

© Francisco Máñez Iniesta
Ayuntamiento de Petrer
Fotografías: Heliodoro Corbí,
Cruces-Ernes y Archivo Municipal.
I.S.B.N.: 84-921556-8-X
Depósito Legal: A-1401-1998
Imprime: Gráficas Arenal, S. L. Petrer

GRATITUD

Son muchas las personas a las que va dedicado este trabajo:

En principio, a Pablo Navarro, Conchi Navarro y Pepe Medina, porque siempre confiaron en mí y creyeron desde el principio en el valor de *La Rendició*.

A Santiago Payá, Gabriel Tortosa y Andrés Corcino, que prendieron la mecha de la "Festa dels Capitans".

A Hipólito Navarro, que refunfuñó al descubrir un rey tan prosaico.

A Paco Mollá, que no pudo evitar que se le escapasen unas lágrimas cuando leyó la escena que evoca su poema.

A Mikel de Epalza, que me descubrió la triste historia de los moros perdedores.

A mi admirado amigo, Salvador Pavía, que tan generosamente me aprobó los textos y ahora, al cabo de tantos años, ha preparado con esmerado cariño esta edición.

Al Excmo. Ayuntamiento de Petrer en las personas que sucesivamente ocuparon la Concejalía de Cultura: Carlos Cortés, quien salvó *La Rendició* del provocado naufragio de la "Festa dels Capitans"; Juan Conejero, que se desvivió para que la obra fuese representada completa; y José Miguel Payá, que vio coronado su esfuerzo con el magnífico estreno que de la obra realizó el grupo de teatro Arenal, dirigido por Alejandro Guillén y Juan Miguel Reig. Mi gratitud también a José Miguel Payá por su ilusión y obstinación en imprimir el texto.

A la Caja de Crédito de Petrel, que tan amorosamente abrigó, con su apoyo, a la recién nacida “Festa dels Capitans” y con ella a “La Rendició”.

A Juan Ramón García, por su profesionalidad y desvelos demostrados, procurando el éxito de esta edición.

Al Gabinete de Normalización Lingüística de la Universidad de Alicante por su rigurosa y acertada adaptación al valenciano del texto teatral.

A todos mi agradecimiento y afecto, pero en especial a Antonio Espinosa, el amigo que se empeñó en convencerme y enseñarme, cuando éramos casi niños, que yo, que tan sólo sabía de zapatos, también podría ser redactor del periódico *Villa*. Gracias eternas, Antonio, por haberme descubierto este mundo tan hermoso de la cultura que tanto me ayuda a sobrevivir en medio de nuestras miserias humanas.

DOS PALABRAS TAN SÓLO

Como no podía ser menos, también ese domingo llovió en Petrel. No porque fuera domingo o porque fuera noviembre sino porque era el día de la Media Fiesta, la mañana en la que unos arrogantes capitanes decidieron subir la Fiesta al castillo disparando al alardo. Y, claro, ya se sabe: en cuanto el cielo de Petrel huele los arcabuzazos de moros y cristianos ya tenemos el diluvio pregonándolo en las cuatro esquinas del mundo. Ya puede ser mayo, noviembre o el mes que está por inventar. Dicen los de Petrel que es porque la pólvora de sus arcabuces, tanta y tan potente, llega a romper el séptimo velo del cielo, allí donde se crean los mares del firmamento. Y eso no lo consiguen los moros ni cristianos de cualquier otro lugar.

El caso es que aquel domingo de noviembre de 1982, junto a las almenas que chorreaban lluvia y siglos, Santiago Payá Villaplana estaba haciendo historia mientras tiritaba de frío bajo el paraguas que apenas le libraba del chaparrón de aguanieve. A su alrededor, unos cuantos festeros “hasta la muerte por congelación” escuchaban impávidos, vestidos con ropa de calle y sólo cubiertos con el gorrito de guerra, el acta en la que el rey don Jaime notifica la capitulación de Petrel. Era la lectura de un fragmento de la *Crónica o Llibre dels Feits del rei En Jaume*, pero en ese momento Santiago estaba leyendo también el acta fundacional de un hecho que pasaría a formar parte esencial de la Fiesta: la escenificación de la toma del castillo de Petrel por el Rey Conquistador. Ese domingo lluvioso estaba dándose, aun sin saberlo los actores, la primera representación de la obra que todavía no había empezado a escribir Paco Máñez. ¿Qué había sucedido?

Por esas fechas, algunos capitanes de la Fiesta querían algo más y algo nuevo. Si ya existía el Día de las Banderas, ¿por qué no una “Festa dels Capitans”? ¿Por qué no hacerla justo en la mitad del tiempo que ha de transcurrir desde el último viva a san Bonifacio hasta el primer estallido de la Fiesta siguiente? —“Se celebrará el tercer domingo de noviembre”, determinan tres presidentes de comparsa: Gabriel Tortosa, Andrés Corcino y Santiago Payá. ¿Qué se puede hacer? —“Que nos lo diga Paco Máñez, que él sabe mucho de la historia de Petrel”. Y Paco, en una intuición genial, les da el texto de la Crónica de 1265 en el que se cuenta la visita que dos moros de Bitrir hicieron al rey Jaime I cuando éste puso cerco al castillo. Se habían sublevado sus habitantes contra su señor Jofre de Loaisa; estaban hartos de él y del rey Alfonso de Castilla y querían rendirse al rey aragonés si éste respetaba los pactos que aquellos no respetaron. Don Jaime podía ser un irreprimible mujeriego y un aventurero audaz, pero era también un hombre de honor: había entrado en zona sometida a Castilla para pacificar a los moros que se habían rebelado contra Alfonso, su yerno. No podía quedarse con las tierras que no le pertenecían y no lo hizo. Se conformó con levantar su estandarte en las almenas y devolverle el pueblo, pacificado, al rey castellano.

Y eso, gracias a una serie de circunstancias y a la feliz intuición de Máñez, se estaba leyendo —y reviviendo—, también en un día gris de noviembre, setecientos diecisiete años después de lo ocurrido entonces. Nada más dice la crónica.

Pero es suficiente para levantar un mundo, para resucitar una época. Es suficiente si se tiene el amor que siente Paco por Petrel, si se posee la misma entrega a unos ideales, si se nace con la sensibilidad necesaria para edificar un sueño. Al poco tiempo de aquella rememoración bajo la lluvia, Paco ya había escrito la dramatización del acta capitular y se la presentó a la Junta Central de Fiestas, presidida por Enrique Navarro Quiles. Ésta aceptó el generoso regalo y lo puso en manos del grupo de teatro Arenal. Alejandro Guillén no per-

dió el tiempo y preparó el texto para una representación breve en los adarves del castillo. Lo abreviaba, previsor, por si acaso la lluvia o el frío metían excesiva prisa a los actores o les dejaban sin espectadores. Lo cierto es que Alejandro metió el corte pero dejó la confección. Y así, en noviembre de 1983, se representó por primera vez en la explanada del castillo lo que hoy es el tercer acto de *La Rendició*.

Dos años tardó Paco en acabar los dos primeros actos de su obra. El empuje final tenía que producirse precisamente en unas condiciones tan adversas como lo fueron el cierre de la empresa donde trabajaba. Pero aquel tiempo fue fructífero para el ensueño, y el 9 de marzo de 1985 puso el “telón” final sobre los vivos al Rey Conquistador en su triunfal marcha hacia la fortaleza.

Han pasado demasiados años desde la primera y fragmentaria escenificación de 1983. Aquello era un acto que tenía un sentido dentro de la ya imprescindible “Festa dels Capitans”; pero era necesario que la obra en su totalidad pudiera ser escenificada y conocida por todo el pueblo al que va dirigida. Que todos los festeros y quienes viven la Fiesta desde fuera juzgaran si ha de constituir carne de la carne de la propia Fiesta, como algo consustancial con ella, como el olor de la pólvora, como el sonido de los timbales, como el garbo de las abanderadas. A mí esto es lo que más me apasiona: ver cómo la Fiesta de Moros y Cristianos de Petrel permanece fiel a sus raíces mientras va incorporando —y haciendo tradición— elementos nuevos cada año.

Por eso, cuando asistí al triunfo clamoroso de la escenificación completa en la noche del 22 de noviembre de 1997, cuando diez minutos de aplausos ensordecedores premiaron la labor del grupo Arenal y pidieron la presencia en el escenario del autor, pensé que desde ese momento *La Rendició*, completa en sus tres actos, sería ya un elemento inamovible de la Fiesta. Lo de menos era lo que podía tener la obra de débil construcción de los personajes, de irregularidad de su lenguaje escénico, de ausencia de tensión dramática, de

didactismo escolar, de... Todo eso no importa. Lo que importa en *La Rendició* es que está hecha con la misma sangre, tiene la misma médula que los demás elementos de la Fiesta; mejor dicho, esta escenificación es el fundamento que los alimenta a todos. Y eso es lo que saben muy bien todos los que dirigen la Fiesta.

Me enorgullece que este hito de futuro lo haya levantado un amigo mío, un amigo-hermano de la calidad humana de Paco Máñez. Le agradezco que me haya llamado para colaborar con Juan Ramón García Azorín en la edición de su obra teatral; yo sólo he supervisado el texto en castellano, que ya previamente había trabajado Juan Ramón tanto o más de lo que lo había hecho con el texto en valenciano, junto a M.^a Carmen Chico. Pero le agradezco sobre todo a Paco que nos haya regalado su sueño. Mañana, cuando quienes ahora leemos este libro no seamos ya ni terrones polvorientos, este sueño de Paco seguirá levantado en el centro de la Fiesta como un canto de amor. Tal vez poco más se sepa entonces de la llegada de Jaime I a Petrel de lo que hoy se sabe y quizás sigan los historiadores buscando en el viento la respuesta a tantas preguntas, pero quienes aquí vivan la Fiesta habrán hecho de este sueño de Paco pura realidad viva. Y seguirá impetuosa la rebeldía contra la injusticia y la opresión, el afán por la tolerancia, la necesidad de la belleza, el ansia de eternidad que simbolizan sus personajes. No importará que no estén en los libros de historia ni Blanca ni los viejos musulmanes que rindieron la medina de Bitrir al Rey Conquistador; ni siquiera importarán demasiado las hazañas de ese rey. Sin embargo, cada noviembre —o cada mayo— todos estos seres resucitarán de entre los muertos para vivir plena y exclusivamente la existencia que hoy les ha dado Paco. Y cuando los espectadores vean la obra o cualquier lector abra este libro, tendrán en sus ojos y en sus manos, también palpitante, el alma de su creador.

Salvador Pavía

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LA LLEGADA DE JAIME I A PETRER

Se ha dicho que si hay algún pueblo en el mundo que no conoce su propia historia es el español. En España, la historia y la leyenda han caminado siempre inseparables y revueltas. Torres Fontes, autor de la obra *La reconquista de Murcia en 1266*, inicia su investigación aclarando que “no se sabe mucho de este acontecimiento de tanta transcendencia; igualmente deja mucho que desear lo poco que se sabe de todo cuanto se relaciona con las vicisitudes por las que atravesó el reino de Murcia en los años 1264-1266 y la labor conquistadora de castellanos y aragoneses”.

Partiendo de esta evidente premisa, constituye un reto para el neófito que pretenda bucear en ese estrato oscuro que configuró la nueva partida de los destinos de estas tierras y de sus gentes del siglo XIII.

Del libro de *Crónicas de Jaime I* sabemos en síntesis lo ocurrido en esta villa los días 18 y 19 de noviembre de 1265, y si bien la conquista de Murcia fue un paseo militar, aquí, Jaime I, para conseguir su propósito, tuvo que negociar la rendición de los sarracenos en dos sesiones debido a la terquedad de ambos. Pero, aparte de esto, ¿qué sabemos más?, ¿qué circunstancias gravitaron en torno al rey de Castilla y los sarracenos para iniciar la insurrección de 1264?, ¿qué sabemos de aquellos musulmanes del antiguo Bitrir perteneciente al reino musulmán de Murcia?

Desde el año 711 a 1492 sabido es que el poder político fue pasando lentamente de manos musulmanas a cristianas. La mayoría de los peninsulares abandonaban el cristianismo para convertirse al Islam y luego volvían al cristianismo.

Historiadores británicos señalan que las gentes carecían de interés por la reconquista, tenían relaciones amistosas con los musulmanes y se mostraban hostiles y traidores con sus correligionarios. Cuando atacaban a los musulmanes, iban tras el robo del ganado, de fincas y otras riquezas y, aunque peleaban en nombre de Dios, eran a menudo crueles y alevosos. Cuando estaban en paz con los musulmanes, los reyes cristianos luchaban entre sí y con sus nobles.

Pero partamos de un punto concreto para otear los acontecimientos que tuvieron que ver con el reino musulmán de Murcia. Es el momento en que la decadencia almohade es evidente y la presión de Fernando III es cada vez más fuerte en las fronteras musulmanas. Como consecuencia de ello y a su vez, debido a que los destinos de los musulmanes estaban en manos del califa que gobernaba en Marrakech, consideran la inutilidad del mando y deciden volver a un gobierno propio que atendiese sus necesidades y parara el avance cristiano.

La reacción anti-almohade estalló en junio de 1228 desde el castillo de Ricote, alzándose como caudillo un descendiente de los antiguos reyes musulmanes de Zaragoza, Ibn Hud, el cual amplió sus dominios a toda la España musulmana. Ante este nuevo peligro que suponía la reunificación de al-Ándalus, el rey Fernando III activó su lucha y en tan sólo dos años la nueva iniciativa sucumbía. Asesinatos, intrigas, venganzas, convulsionaron el reino de Murcia, donde el poder ejecutivo era tan cambiante como vulnerable y anárquico. El resplandor de al-Ándalus agonizaba ante la gran noche acechante e incierta. Córdoba se entregaba sin lucha a Fernando III, después de que este tomara Baeza, Úbeda y Andújar.

En 1243, un grupo de jinetes, silenciosos y cabizbajos, se dirigen raudos a Toledo en busca de un joven príncipe llamado Alfonso. Las esperanzas se habían desvanecido y mantener la lucha era vano. Era el momento de negociar. El príncipe Alfonso, con sus veintidós años y su afán de triunfo, podría ser válido como interlocutor con Castilla, regida por

su padre Fernando III. Ante él se le propuso la soberanía del reino de Murcia y las condiciones que solicitaban. El heredero de Castilla aceptó la propuesta y acordaron reunirse nuevamente en Alcaraz para fijar definitivamente las posiciones. Informado el rey y con instrucciones precisas, el infante Alfonso acudió a Alcaraz dispuesto a firmar el pacto con los musulmanes del reino de Murcia a cuyo frente de la delegación iba Ahmed, hijo de Ibn Hud. Si bien el documento no ha sido hallado, por los datos que proporcionan otras crónicas del momento, en el documento firmado en Alcaraz constaría que Castilla se quedaría con la mitad de las rentas del reino de Murcia y la tenencia de los principales castillos del reino; recibiría de los musulmanes apoyo militar en el caso de que entrara en guerra y había de cesar toda negociación musulmana con el exterior sin conocimiento de Castilla. A cambio, los musulmanes tendrían protección militar, se respetarían sus títulos, propiedades, religión, instituciones, lengua, usos, costumbres y cuanto significara la continuidad de su pacífico vivir.

Cuando Ahmed dejó la pluma sobre la mesa, el reino de Murcia terminaba de comprar la paz y el protectorado de Castilla. En ese preciso momento se habían convertido en mudéjares, renunciando a su libertad y soberanía. Habían pagado un precio alto pero a cambio habían salvaguardado su identidad y su fe. Podrían seguir gobernándose a sí mismos, acuñar moneda, mantener su ejército. A pesar de ello, no todos los arraaces del reino de Murcia prometieron obedecer los pactos y parte de la población, herida en su orgullo, hizo caso omiso y siguió, como pudo, resistiéndose a la ocupación castellana.

En 1252 las campanas de todas las catedrales cristianas tocaban a muerto y desde los altares se entonaba el réquiem por Fernando III. El orbe cristiano le concedería para la posteridad el don de ser canonizado, “porque nadie como él tuvo una idea tan religiosa de la reconquista”. El príncipe Alfonso es coronado como rey de Castilla, Asturias y León. Es el año 1257.

El rey Alfonso, desde el inicio de su reinado, tuvo problemas económicos que se pusieron de manifiesto en la Asamblea Parlamentaria de Sevilla el mismo año de su coronación. La Asamblea aprobó normas económicas restringiendo los gastos de la corte real. Se exigía un nuevo comportamiento económico más austero. Solamente al rey se le permitía vestir de grana, seda o gasa, con la excepción de caballeros recién ordenados y novios. Se establecieron normas para la vestimenta de los miembros de la corte, clérigos y amanuenses. No fue suficiente y posteriormente hubo que atajar la glotonería de la corte, indicando que sólo se podrían servir en cada comida dos platos de carne y dos de pescado. También las celebraciones serían restringidas. A pesar de las medidas extraordinarias los gastos crecían y fue el mismo Jofre de Loaisa quien explicó lo que estaba ocurriendo: "El rey incurría en gastos increíbles, sobre todo debido a sus aspiraciones imperiales, y tuvo que exigir servicios a los hombres de su reino e importantes tributos des acostumbrados".

Pero lo que temían los arraeces que estuvieron en desacuerdo con los pactos sucedió: Castilla no cumpliría los pactos. Los pactos fueron un ardid para mantenerlos quietos mientras se culminaban otras campañas. La entronización de Alfonso como rey fue nefasta para los musulmanes murcianos. El nuevo rey empezó a desligarse de los pactos con su política de castellanización y repoblación del territorio murciano. Pero existía una figura agravante que le recordaba al rey Alfonso el pacto de Alcaraz. Éste era el rey de Murcia. Alfonso, otorgándose atribuciones que no le correspondían, sustituyó al rey y nombró a otro hudilla que pudiera manejar mejor. También nombró señoríos del mismo modo, entre ellos a Jofre de Loaisa, señor de Petrer.

Se habían destapado las cartas. El rey Alfonso se mostraba implacable. Ahora se temía lo peor. La presión fiscal comenzaba a asfixiarles y comenzó la huida hacia Granada. Ciertamente a los musulmanes murcianos no les quedaba

otra posibilidad que recurrir a Abu Al-Ahmar de Granada, pero ello supondría continuar con el enfrentamiento con Castilla; de nuevo la guerra sin esperanza. Alguien propuso recurrir al Sumo Pontífice de la cristiandad pensando que era la única fuerza capaz de contrarrestar las injusticias del soberano castellano, obligándole a respetar el pacto firmado en Alcaraz. Todo fue en vano. La insurrección era incontenible y se contaba con el apoyo de Granada. Pero Granada, a pesar de contar con refuerzos africanos, temió verse aplastada por las tropas castellanas y optó por pedir una tregua, con la promesa de no ayudar a los rebeldes de Murcia, e incluso prestar su cooperación armada para reintegrar el territorio murciano a la corona de Castilla. Los sarracenos murcianos eran abandonados a su suerte por el rey de Granada después de haberles incitado a rebelarse contra Castilla.

A los sarracenos ya no les quedaba más opción que continuar con la insurrección iniciada en 1264 que, junto con la andaluza, hizo arder el sureste de la península. El rey Alfonso, impotente, pidió ayuda por mediación de su mujer a su suegro, el rey Jaime I de Aragón.

Mientras todo esto ocurría, en la medina de Bitrir, que es como los musulmanes pronunciaban Petrer, sus habitantes también se sublevaron contra el representante del rey Alfonso, pues esta población también pertenecía al reino de Murcia.

Bitrir era una medina (pueblo) musulmana con todas las características propias. Tenía su fortaleza enclavada en un punto alto para poder comunicarse con otros pueblos ante situaciones peligrosas (de día utilizaban el humo y de noche el resplandor del fuego). La fortaleza y la medina estaban protegidas por grandes murallas que la circundaban; también tenía su mezquita, donde los musulmanes oraban y escuchaban el sermón todos los viernes, y muy cerca de ella los baños donde purificarse. Tampoco faltaba en Bitrir el zoco o mercado donde transcurría la actividad comercial y, apartados del núcleo de la población, estaban situados los alfares.

Los habitantes de Bitrir también corrieron la misma suerte que sus hermanos musulmanes del reino de Murcia, pues Jofre de Loaisa y sus hombres, siguiendo la misma política que todos los mandatarios a las órdenes del rey Alfonso, violentaron los derechos de los árabes y motivaron su sublevación.

Así estaban las cosas cuando el rey Jaime I inicia desde Biar, pueblo fronterizo del reino de Valencia, la campaña de Murcia. El día 18 de noviembre del año 1265 instaló su campamento en las afueras de Petrer. Desde allí hace llamar y recibe a los musulmanes de Elda, que le prometen rendirse al infante D. Juan Manuel a cambio de que el ejército no entre en la población. También recibe a dos sarracenos viejos de Bitrir y, tras una densa negociación, establece los pactos y la rendición. A la mañana siguiente, día 19 de noviembre, el rey entró con sus caballeros en la población e hizo subir su estandarte al castillo, restableciéndose la paz.

Una vez conquistado todo el reino de Murcia con la ayuda de Jaime I, la política del rey Alfonso volvió a endurecerse, siendo a partir del año 1266 cuando se inició la etapa definitiva de imposición de la cultura cristiana sobre la musulmana. Nuevamente la desesperación se iba acrecentando ante el incumplimiento de los pactos, lo que determinó que muchos musulmanes decidieran exiliarse al reino nazarita de Granada (último reino musulmán de España); otros prefirieron abandonar la península para siempre, presintiendo la expulsión definitiva que llegaría en el año 1609.

* * * * *

La Rendició está basada fundamentalmente en la *Crónica o Llibre dels Feits*, de Jaime I (Ediciones 62, Barcelona, 1982) en todo cuanto se refiere a la capitulación del pueblo de Petrer.

Para los aspectos biográficos del rey don Jaime, me sirvo de los aportados por el historiador Ferran Soldevilla (*Jaume I*

el Conqueridor, Aedos, Barcelona, 1969). Me he valido también de las investigaciones de Juan M. del Estal ("Alicante en el contexto expansionista de Jaime I el Conquistador" en *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, nº 19, Alicante, 1976), A. Ramos Folqués ("La reconquista de Elche por don Jaime I de Aragón", misma publicación anterior) y Fernando Galiana ("Jacme el Conqueridor pare y fundador de un regne", ídem). Igualmente, me han sido de gran utilidad los trabajos sobre la dominación musulmana en España de los historiadores Henri Perés (*Esplendor de al-Andalus*, Hiperión, Madrid, 1983), Claudio Sánchez Albornoz (*La España musulmana*, Espasa-Calpe, Madrid, 1982) y Margarita la Chica (*Historia de al-Andalus*, Universidad de Alicante, 1984).

Los nombres de los caballeros que acompañan a don Jaime constan en la crónica real como participantes en la campaña de Murcia, lo que puede hacer verosímil su intervención en la rendición de Petrer, aunque los caracteres que se les atribuye en la obra es sólo responsabilidad mía. Junto a ellos he situado al caballero Raimundo de Montoliu, nombre de un personaje histórico petrerense que, aunque no del momento de los hechos, he querido así rescatarlo del olvido.

Los aspectos referentes al señor del castillo de Petrer están extraídos de la *Crónica de Jofre de Loaisa*, de A. Ubieto; se ignora la suerte del caballero cristiano durante la sublevación sarracena, por lo que ha de considerarse mera ficción dramática su presencia en escena como cautivo.

Finalmente, el poema que se recita en la obra es el titulado "El Cid es de oro viejo" y pertenece al poeta petrerense Francisco Mollá Montesinos. Lo incluyo en la dramatización como homenaje al poeta que mejor ha cantado el paisaje de Petrer, tan presente y remarcado en esta obra.

Francisco Máñez Iniesta



TEXTO TEATRAL

Crónica del rey Jaime I

Escribe el rey Jaime I:

*“**E**nvié un mensajero a Petrer, (pueblo) que Jofre había perdido. Enseguida vinieron a verme dos de los ancianos y un judío que ya vivía allí en tiempos de Jofre y al que los moros no le habían causado daño alguno. Hablamos y yo les pedí que me entregaran el castillo para devolverlo a Jofre, asegurándoles que haría que cumpliesen los pactos que tuviesen con ellos el rey de Castilla y Jofre. Me respondieron que se habían rebelado por los malos tratos que habían recibido y que yo les habría de jurar que retendría el castillo para mí, ya que ellos temían mucho a Jofre. Les respondí que me encargaría de todo y que a Jofre le haría cumplir sus compromisos antes de entregarle el castillo, pero que no estaría bien que yo, que había venido en ayuda del rey de Castilla, me apropiara de sus castillos en vez de devolvérselos.*

Entonces me dijeron que lo discutirían entre ellos para llegar a un acuerdo, y que me contestarían al anochecer. Volvieron cerca de la puesta de sol y me dijeron que, ya que así lo quería, obrarían según mi voluntad. A la mañana siguiente salí con mis caballeros, y mandé a los hombre de Jofre que izaran nuestro estandarte en el castillo que yo, en ese momento, les devolvía”.

REPARTO

Rey Jaime I
Doña Blanca
Doña Constanza
Obispo Arnaldo de Gorb
Judío Astruc de Bonsenyor
Caballero Bernardo Arnau de Anglesola
Caballero Jimeno de Urrea
Caballero Artal de Luna
Caballero Gallerán de Pinós
Caballero Bernardo de Vilanova
Caballero Raimundo de Montoliu
Alcaide
Jofre de Loaisa
Sarraceno de Petrer 1º
Sarraceno de Petrer 2º
Sarraceno de Elda 1º
Sarraceno de Elda 2º
Mensajero
Fraile
Soldado 1º
Soldado tamborilero
Damas de la corte cristianas, musulmanas,
soldados cristianos y soldados musulmanes.

PRIMER ACTO

Es el día 18 de noviembre de 1265. A las afueras del pueblo de Petrer se está terminando de instalar el campamento del rey Jaime I.

Se abre el telón y aparece el interior de la tienda real en la que unos soldados están terminando de situar un altar de madera. Hay otra mesa larga con sus correspondientes asientos y a un extremo está el templete real con el sillón del rey.

En escena se encuentran varios soldados, las damas Blanca y Constanza y el caballero Bernardo Arnau. Las mujeres están atareadas con el arreglo de la tienda y el caballero ordenando documentos. Blanca está canturreando alegremente mientras juega con los caballeros.

ESCENA I

BERNARDO.— ¡Por Dios, Blanca! Deponed tanto jolgorio. Dejaos de bromas y prestad más atención. ¡Qué locura, Dios mío!

(Salen los soldados.)

CONSTANZA.— ¡Vamos, ya habéis oído al caballero Bernardo! Dejad de canturrear, que en cuanto percibís que se acerca nuestro señor don Jaime parece que se os altera la sangre y revoloteáis como una mariposa loca.

BERNARDO.— ¡Juventud, juventud! Sois como un caballo desbocado al que hay que sujetar las riendas para

poder contenerlo. El paso de los años y la acidez de la vida sacarán vuestro ímpetu; que no parecéis mujer como las demás...

(Entra en escena el joven caballero Jimeno, que ha escuchado la conversación.)

JIMENO.— *(Cortando a Bernardo.)* ¡Pardiez! Parece que os divierte meteros con Blanca. ¿Y qué de bueno puede tener aplacar el ímpetu de la juventud? ¿Acaso la vida no es más hermosa y fecunda cuando la armonizamos con la ilusión y la alegría? ¿Acaso Blanca no se une más así con la madre naturaleza, con su dulzura, su naturalidad? La grandeza de su espíritu y su espontaneidad es el canto más bello que el alma humana es capaz de evocar. Diría que ambos tenéis envidia de lo que ella representa; de lo que nunca ya podréis tener...

CONSTANZA.— ¡Miradlo! ¡Con qué pasión defiende a Blanca! Sois los dos iguales de majaderos; si de mí dependiese, ya os diría yo a vosotros... Más disciplina deberíais haber recibido.

JIMENO.— ¡Bien es cierto, doña Constanza! Blanca y yo en algo nos asemejamos. Pues también desde mi juventud prefiero entonar la canción de la vida y el amor; y tomo de mi rey don Jaime su ejemplo. Creedme que me encantaría parecerme a él, pues el honor y el amor han sido la pasión de su vida.

BLANCA.— Enjuiciáis bien la vida de nuestro rey, Jimeno. Pues cantan los juglares que su vida ha sido un festín de amor, a pesar de la rudeza de su educación. Todos sabemos que siendo muy niño fue educado e instruido por los monjes templarios en el castillo de Monzón. Su maestro, Guillén de Montreau, lo sometió a una férrea disciplina cuando aprendía el arte de la política y los principios religiosos. Mayor educación no pudo

recabar su persona y, en cambio, todos conocemos cómo ha sido su vida y las reprimendas del obispo Arnau de Gorb sobre sus amores. Como veis, Constanza, hay mucha diferencia entre lo que a uno le enseñan y luego se aprende.

BERNARDO.— Pensad, Blanca, que el hombre también toma actitudes y conceptos equivocados... y el pecado siempre nos acompaña.

JIMENO.— Efectivamente, Bernardo, de eso simplemente se trata. ¿No os habéis preguntado alguna vez si el concepto que sobre el amor tenéis está en contraposición con la naturaleza del hombre? ¿No habéis pensado que, acaso tal vez, los pecados naturales del hombre sean legítimos?

BERNARDO.— ¡Por Dios, Jimeno de Urrea! No seáis majadero; no sabéis lo que decís.

CONSTANZA.— ¡Valiente bellaco! Más valiera que pasarais más tiempo practicando la oración, en vez de pensar tantas sandeces. Que sois caballero y cristiano, y ello os exige mucho. Guardaos de hacer comentarios de esta índole delante del señor obispo, porque seguro que os metería en el infierno.

JIMENO.— (*Riéndose.*) Por supuesto que soy caballero, doña Constanza, y lo mío me ha costado, no creáis. Pues no en balde nuestro señor, el rey, depositó en mí su amistad y confianza, a pesar de ser un joven bellaco como vos decís de mí; y no digamos lo que le encanta conversar conmigo... Si yo os contara de sus pensamientos íntimos, de las perturbaciones de su alma, de sus ansias, de sus amores secretos...

CONSTANZA.— (*Intrigada.*) ¡Contad, Jimeno, contad...!

JIMENO.— ¡Por Dios, señora, que soy caballero! Y si al obispo de Gerona, Berenguer de Castellbisbal, don Jaime

le hizo cortar la lengua por contar una confesión suya sobre Teresa Gil, a mí me destrozaría.

BLANCA.— ¡Callad, Jimeno! ¡Ya está bien! Que nuestros amigos no os comprenden y os van a interpretar mal, pues grande es el mundo y anchos los cielos para que sólo quepan unos pocos conceptos. Acordaos que estamos en campaña y aquí lo que debe de prevalecer es la guerra y su beneficio. Hablar de amor y de sentimientos humanos está de más... (*En voz baja.*) si no es en presencia de nuestro señor.

(*Sale.*)

BERNARDO.— Efectivamente, señora. Basta de comentarios y aligeremos la tarea, que el rey pronto llegará y para entonces su tienda deberá estar lista. Decidme, Jimeno, ¿cuándo partieron hacia Elda y Petrer el judío Astruc y los negociadores?

JIMENO.— Salieron al llegar la primera expedición y esperamos que regresen para informar al rey antes del atardecer.

(*Entra un soldado y se dirige a Bernardo.*)

SOLDADO.— ¡Señor! El grueso del ejército está llegando al campamento.

BERNARDO.— ¡Bien, avisad a la guardia para su recibimiento!

(*Sale el soldado.*)

BERNARDO.— ¡Jimeno, acompañadme! Dispongámonos a recibir al rey; y vos, doña Constanza, ocupaos de su acomodación.

(*Salen todos.*)

ESCENA II

(En el interior de la tienda todo está dispuesto. Entran el obispo y el caballero don Artal de Luna.)

OBISPO.— Os encuentro preocupado, don Artal, y aparentemente no veo motivo. Decidme: ¿qué motiva vuestra tristeza? ¿Qué os sucede?

ARTAL.— Excelencia, desde que hemos salido de Sax el recuerdo de don Artal de Alagón embarga mi alma. Hace ya veintiséis años que allí perdió su vida cuando, junto con el vizconde de Cardona y su ejército, realizaron la primera incursión en este reino. Tal vez su muerte fue innecesaria entonces... Si se hubiese dispuesto mejor la estrategia del asedio, quizás el éxito hubiese coronado aquella misión.

OBISPO.— Fueron unos valientes que no temieron la muerte, y ahí en Sax quedó bien demostrado. Nuestra causa a veces impone grandes sacrificios que sólo se pueden comprender bajo la gracia de la fe.

ARTAL.— ¡Pero entonces no fue el momento propicio! Es una locura iniciar un asedio solamente con el impulso de la fe.

OBISPO.— ¡No olvidéis que todos los sacrificios serán recompensados! Cuando los sarracenos estén sometidos y cristianizados...

ARTAL.— *(Cortándole la palabra.)* Vos sabéis que nuestro rey no quiere que se cristianice a nadie por la fuerza y, como él, tampoco el rey Alfonso. Ambos coinciden en que los almohades sigan con sus costumbres y su religión, y desean la prosperidad y la paz para ellos después de la conquista. ¡Bien sabe Dios que deseo que así suceda y cese ya tanta barbarie!

OBISPO.— Sabréis que el rey Alfonso ha intentado varias veces pasar a África para conquistar los reinos musulmanes...

ARTAL.— Posiblemente esta lucha no cese nunca, aunque bien es cierto que yo me encuentro cansado de ella. La guerra santa no acabará hasta que los sarracenos sean expulsados de estas tierras. Éste será el resultado final por más tiempo que transcurra, pues, como ha ocurrido aquí en Petrer, los cristianos no soportan a los árabes, sobre todo si éstos tienen condiciones para poder exigir sus derechos... ¡Dios mío! ¿Por qué existe dentro de nosotros este afán desmesurado por conseguir nuevas conquistas a costa de tanto llanto?

OBISPO.— Artal, Artal..., no prosigáis con vuestras vacilaciones que a nada os conducirán. Pensad que los sarracenos, ante la pasividad del pueblo, hace quinientos años también conquistaron estas tierras.

ARTAL.— Sí, pero entonces el estado de descomposición en que se hallaba el reino visigodo y las largas luchas internas provocaron que amplios sectores de la población ayudaran a los sarracenos, pues consideraban a los visigodos como un yugo demasiado opresivo. Sabréis que fue el conde don Julián quien incitó a los árabes a conquistar el reino de al-Ándalus cuando decidió vengar el honor de su hija, manchado por el rey don Rodrigo. Impulsado por sus ansias de revancha llegó a la traición, facilitando la entrada de la primera expedición a las órdenes del bereber Tarik, mas, luego, la primera medida que el poder musulmán adoptó fue despojar a los grandes propietarios de origen visigodo y entregar la tierra a quienes la trabajaban como siervos; por ello, cuando se llamó a la lucha contra los musulmanes, apenas hubo gente del pueblo que alzara sus armas contra ellos, llegando a

conseguir posteriormente que el califato de Córdoba fuese el centro del mundo civilizado..., y jamás, desde entonces, estas tierras contemplaron tanta magnificencia.

OBISPO.— Bien es cierto lo que contáis, pero las circunstancias cambiaron y la decadencia entró con los reinos de taifas. Y con los almorávides, y luego los almohades, se impuso la intolerancia.

ARTAL.— ¡Tenían que restituir el imperio musulmán y responder a la expansión de Castilla y la corona de Aragón!

OBISPO.— Aun así, no todos pensaban lo mismo. En la capitulación de Alcaraz, el rey Hudiel de Murcia prefirió someterse al rey Alfonso de Castilla antes que al rey de Granada, el más poderoso de los reyes mahometanos. Lo que aconteció después ya lo sabéis...

ARTAL.— ¡Sí! Nuevamente la intolerancia y el abuso cayó sobre el pueblo sarraceno; y aquí nos encontramos nosotros para restablecer la justicia y la paz. ¡Vive Dios que deseo no tener que empuñar más mi espada en conquistar nuevas tierras! Desearía que judíos, cristianos y musulmanes conviviesen respetándose sus creencias, pues todos han nacido aquí y aman esta tierra, y que nuevamente volviese a resplandecer en sus almas la esperanza.

OBISPO.— (*Sonriendo.*) Habláis como un poeta y no como caballero al servicio de las armas; si vuestros soldados os escucharan se reirían de vos. Ambos somos instrumentos de Dios y estamos obligados a desempeñar la misión que el cielo nos ha deparado. Vos ciñéndoos a las leyes de la guerra y yo a los mandamientos de la Iglesia, mientras sostenga en mis manos esta cruz y vista estos hábitos. ¿Qué sabemos nosotros de los designios de Dios?

ARTAL.— Mis pensamientos se vuelven contra mí haciéndome gravitar en un mar de interrogantes.

OBISPO.— ¡Por vuestro bien, hijo mío! Dejadlo estar y confiad en Dios. A veces os parecéis al joven Jimeno. Sois unos soñadores que confundís el color real de la vida. Dejad de soñar y de idealizar cuanto os rodea. Acordaos de lo que dicen del rey Alfonso, que de tanto mirar a las estrellas se le cayó la corona. *(Se ríe.)*

(Entra un fraile y se dirige al obispo.)

FRAILE.— ¡Ilustrísima! *(Haciendo una reverencia.)*

OBISPO.— ¡Decidme!

FRAILE.— ¡Vuestro aposento está dispuesto! Podéis retiraros a descansar cuando gustéis.

OBISPO.— ¡Tened la bondad de acompañarme!

(Salen.)

ESCENA III

(Se oyen voces y caballos. Entran en la tienda los caballeros Gallerán de Pinós, Bernardo de Vilanova, Bernardo Arnau y Jimeno de Urrea. También Constanza y Blanca, que lleva la túnica blanca del rey.)

BLANCA.— *(Nerviosa.)* ¡Ya está aquí, ya está aquí...!

BERNARDO.— ¡Gallerán! ¿Qué tal viaje habéis tenido?

GALLERÁN.— ¡Excelente! Pero con mucho frío. Esta campaña de Murcia —de momento— está dando buen resultado, y el rey demuestra una impresionante personalidad y madurez; conoce bien la forma de ser de los sarracenos, lo cual le prestigia entre ellos.

CONSTANZA.— ¡Bebed y confortaos caballeros, que este frío huela la sangre!

BERNARDO DE VILANOVA.— Durante el viaje, don Jaime me comentaba que, después de la rendición de Villena, esperaba que aquí en Petrer y Elda sucediese lo mismo.

BERNARDO.— Tened en cuenta que los soldados están impacientes por entrar en combate.

JIMENO.— Para ellos la guerra es sólo el medio para repartirse el botín que les corresponda.

GALLERÁN.— Es lógico, Jimeno. Ellos ignoran el alcance de nuestra empresa en estas tierras. Entrar al asalto es lo que desean, pues de los saqueos obtienen beneficios mayores.

ARTAL.— Por eso nadie debe olvidar que aquí estamos para recobrar los castillos y restituirlos al rey Alfonso; nada de lo que conquistemos nos pertenecerá. No hemos venido a usurpar, sino a restituir, y nuestro rey don Jaime siempre ha sido fiel a su palabra...

JIMENO.— Y a los soldados se les paga para que obedezcan nuestras órdenes.

CONSTANZA.— Si la infanta Violante no se hubiese casado con Alfonso, seguro que hoy no estaríamos aquí; pues le costó mucho convencer a su padre, el rey don Jaime, para que ayudase a su esposo, el rey Alfonso.

BLANCA.— ¡Y es que... lo que no consiga una mujer enamorada!

BERNARDO DE VILANOVA.— Cuando don Jaime decidió ayudar a su yerno, muchos de los caballeros de la corte se negaron a ello, pues no veían beneficio alguno en esta campaña. Gracias a la ayuda de Teruel y los préstamos de algunos judíos y ricos hombres de Valencia se pudo financiar esta expedición.

JIMENO.— Si Jofre de Loaisa y sus caballeros no supieron ganarse el afecto de los sarracenos de esta tierra, el rey Alfonso debió obligarles a que abandonasen la tarea y enviar nuevos mandatarios.

GALLERÁN.— Don Jaime y la nobleza estaban dolidos con el rey Alfonso, pues fue un necio cuando maquinó con el sarraceno al-Azraq la conquista de nuestros castillos.

BERNARDO DE VILANOVA.— Por eso no se atrevió a hablar con él y utilizó a su mujer para hablar con su padre. El pasado año, durante la Cuaresma, don Jaime se encontraba en el monasterio de Seixena. Cuando le expuse el mensaje agobiante del rey Alfonso, le advertí que sería un error ayudarle después de todo lo ocurrido, y que la corte nos daría la espalda, como así ocurrió. ¿Sabéis lo que me contestó? —Bernardo, debéis entender que ayudar a Alfonso contra los sarracenos es ayudarnos a nosotros mismos.

GALLERÁN.— ¡Bien es cierto que sus intenciones apuntaban más lejos que reconquistar castillos!

ESCENA IV

(Entran los soldados y anuncian la presencia del rey.)

SOLDADO.— ¡Atención, caballeros, el rey!

(Entra el rey con solemnidad y los dos soldados se quedan en la puerta de la tienda. Constanza y Blanca le ayudan a desvestirse y ponerse la túnica blanca. Los caballeros hacen una leve reverencia. Una vez sentado en su sillón real, se dirige a los presentes.)

EL REY.— ¡Y bien, caballeros! ¿Qué nuevas nos contáis?

(Blanca, emocionada, le sirve una jarra de vino y, al entregársela, ambos se quedan mirándose un instante.)

BERNARDO.— ¡Señor, todo ha sido dispuesto tal como vos ordenasteis! Los negociadores han cumplido favorablemente con su trabajo, pues los musulmanes de Elda esperan ser recibidos por vos. El judío Astruc partió para Petrer y esperamos su regreso impacientes.

EL REY.— ¡Está bien, caballero Bernardo! Avisad a los sarracenos.

BERNARDO.— ¡Guardias, informad a los sarracenos que comparezcan ante el rey!

(Salen los guardias en busca de los sarracenos. Blanca se acerca al rey y le ofrece más vino.)

BLANCA.— Señor, tengo el presentimiento de que nuevos días de gloria iluminarán el oro de vuestra corona. En esta campaña por el reino de Murcia estáis convenciendo más que venciendo, y ello evita que se derrame más sangre y que el llanto y la muerte campeen amargamente tras vuestro paso. Deseo que vuestra sabiduría tenga más fuerza que el terrible golpe de vuestra espada.

EL REY.— Sabed, señora, que esa gracia no se obtiene fácilmente, más bien es depositada tras el paso de los años en el fondo del espíritu de los hombres cautos. De la vida aprendí las mejores lecciones. En estos tiempos turbulentos, aunque ansiemos la paz, nuestra misión nos obliga a vivir en estado permanente de guerra. Las circunstancias nos imponen...

SOLDADO.— ¡Majestad, los sarracenos!

(Deja de hablar cuando aparecen los soldados y los sarracenos. Los guardias se quedan en la puerta mientras los sarracenos hacen una reverencia ante el rey. Blanca, al verlos entrar, rápidamente se aleja del rey.)

SARRACENO 1º.— ¡Majestad! En nombre de la comunidad musulmana de Elda os deseamos las mayores dichas y parabienes.

EL REY.— *(Con rudeza.)* ¡Está bien, mensajeros! Os agradezco vuestros buenos deseos y os ofrezco los míos, pero no demoremos más el asunto que nos convoca. Os ofrezco la paz a cambio de vuestra capitulación y el restablecimiento de los pactos con Castilla. Mas, si insensatos rechazáis mi oferta, sabed que mis huestes esperan impacientes el momento de entrar a degüello y arrasar vuestras vidas y haciendas. Esto es cuanto tenía que deciros. ¡Responded!

SARRACENO 1º.— ¡Señor! Durante toda nuestra vida hemos trabajado duramente por conseguir los bienes que disfrutamos. No tenemos otra cosa ni deseamos más de lo que Alá, con su infinita misericordia, nos conceda. Sólo pedimos la paz y poder vivir según nuestra fe y convicciones, y supuesto que nos garantizáis nuestro bienestar, solamente os suplicamos que nos facilitéis centinelas para guardar nuestras huertas y que vuestros soldados permanezcan apartados de

nuestro pueblo. Así pues, aceptamos vuestra voluntad y de nuevo el vasallaje de don Manuel.

EL REY.— ¡Está bien, me alegra vuestra disposición! (*Se pone de pie.*) Podéis retiraros y firmar vuestra capitulación con mis nobles caballeros. Contad con mi palabra, que será sellada con mi escudo y honor.

(*Salen los dos musulmanes y con ellos los caballeros Gallerán y Bernardo de Vilanova portando el documento.*)

EL REY.— ¡Por favor, caballeros! Dejadme descansar un momento.

(*Salen lentamente todos haciendo la reverencia. Blanca ha corrido la cortina de la ventana y a través de ella aparece majestuoso el monte del Cid. Blanca se dispone a salir la última y es llamada por el rey.*)

ESCENA V

EL REY.— ¡Blanca, esperad un momento!

BLANCA.— ¡Señor, vos me mandáis!

EL REY.— Acercaos y decidme: ¿Por qué habéis estado tan inquieta mientras he permanecido departiendo con los musulmanes?

BLANCA.— Mi señor, no tengo ningún derecho para hablaros, pero puesto que me lo pedís, lo haré. ¿No os parece que habéis estado excesivamente rudo con los emisarios de Elda?

EL REY.— ¡Efectivamente, señora! Todo se ha resuelto como había calculado. Si hubiese asomado la duda en mis palabras, tal vez hubiese ocurrido lo que pretendía evitar.

BLANCA.— ¿Qué, señor?

EL REY.— ¡La guerra! Entrar en batalla y producir una carnicería. No son mis ejércitos los que debieran luchar en este reino de Murcia, sino las huestes de Castilla, como dueños y señores que son de estas tierras. Pero si mi honor de guerrero se hubiese visto comprometido, te garantizo que hubiese quedado bien alto, muy a su pesar.

BLANCA.— ¡Mi rey! Siempre me sorprendéis con vuestros pensamientos. No haced caso de mis inocentes juicios y, por favor, perdonadme.

EL REY.— (*Con ternura.*) Blanca, cuando os ruborizáis todavía sois más bella, y hacéis que dentro de mi alma brote una nueva fuerza. ¡Qué hermosa sois!

BLANCA.— ¡Señor!, lo que os voy a decir no lo toméis como un halago, ni por esperar vuestro favor. Es la verdad de lo que siento y me va a costar mucho confesarlo.

Yo os admiro profundamente. Cuando estoy junto a vos, también mi alma se ilumina, y no temo a nada..., ni tampoco deseo nada más... Me dais vigor, fuerza, alegría y pasión para...

EL REY.— ¡Callad, por Dios...! Siempre he creído que era de Jimeno de Urrea de quien estabais enamorada...

BLANCA.— Jimeno es como un hermano para mí. Ambos nos comprendemos mutuamente y sabemos lo que queremos. Pero mis sueños y mis anhelos no están con él, sino en vos. Sois el príncipe de mi paz y el tormento de mis horas de desesperación...

EL REY.— No olvidéis que ya no soy joven. He vivido demasiado y duramente; y creedme que ya me siento cansado.

BLANCA.— ¡No os quejéis demasiado!, pues sois un hombre afortunado. Habéis conseguido el afecto de vuestros súbditos y el amor de cuantas mujeres habéis deseado. ¿Qué más podéis pedirle a la vida?

EL REY.— Sí, es cierto, aunque no sea todo como se dice. Algún día os contaré...

BLANCA.— ¿Qué, señor?

EL REY.— ¡Ya sabréis...!

(Blanca se acerca e intenta acariciarlo.)

EL REY.— ¡No, Blanca, éste no es momento! ¡Por Dios, retiraos! Tened piedad de mí.

(Blanca sale corriendo. El rey se acerca hacia el altar que está dispuesto para la celebración.)

EL REY.— *(Ante el altar.)* ¡Señor! Ayúdame a contener este fuego que me abrasa. De niño me enseñaron los principios religiosos y a creer en ti con fe inquebrantable. Aprendí a ser un dirigente del pueblo y un servidor de

tu Iglesia. Fui compañero perenne de la lealtad y la fidelidad en la palabra. Mi pasión es mi fuerza y mi debilidad ante ti. No me juzgues como a un rey, pues ante ti acudo suplicándote como un hombre. Sólo tú puedes rechazar toda tentación... ¡Señor, perdóname!, pero me es imposible vivir guardando continencia. Necesito amar para poder seguir viviendo. ¡Apiádate de mí, sólo soy un ser humano!

(El rey se arrodilla ante el altar con los brazos en cruz.)

TELÓN

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

(En el interior de la tienda real aparecen Bernardo y Gallerán.)

BERNARDO.— ¡Y bien, Gallerán! Se está demostrando que los sarracenos no pueden prosperar sin la ayuda exterior, y que el rey Alfonso no podría recuperar sus castillos sin nuestra ayuda.

GALLERÁN.— ¡Efectivamente, Bernardo! Habrá que felicitarse por el resultado que nos está dando el bloqueo de toda la costa mediterránea, al tiempo que los navíos nos sirven puntualmente el aprovisionamiento. La colaboración de nuestros marinos catalanes con las naves castellanas está evitando que se acerquen naves sarracenas procedentes del norte de África para ayudar a los sublevados.

BERNARDO.— Ha sido todo un éxito, pues se han capturado varias naves en todo el litoral murciano.

(Entra en escena el obispo.)

OBISPO.— ¡Caballeros! ¿Y el rey?, ¿todavía descansa?

GALLERÁN.— Se aproxima el momento de una nueva negociación. Posiblemente el rey estará calculando su estrategia, pues la vida de Jofre de Loaisa podría correr peligro y todos sabemos la estima que el rey siente por él.

OBISPO.— El judío Astruc y los negociadores llegarán en cualquier momento. Debemos estar preparados.

BERNARDO.— *(Mirando a través de la puerta.)* Efectivamente, ahí llegan. Parece que vienen acompañados por dos sarracenos.

(Entra en escena el judío.)

GALLERÁN.— ¡Astruc, temíamos por vosotros! Pasaba el tiempo y nuestra preocupación aumentaba. ¿Cómo ha sido el primer contacto con los sarracenos de Petrer?

JUDÍO.— ¡Difícil, realmente difícil! Perdonad pero necesito beber algo. *(Se dirige a la mesa y se sirve una jarra de vino.)* Mi entrevista con el alcaide del castillo ha sido agotadora. Espero que después de todo haya sido provechosa y se concluya con una buena negociación.

OBISPO.— ¡Astruc, Astruc! No hay quien te mejore con tu habilidad para la persuasión. Eres un gran diplomático...

JUDÍO.— Nada de lo que haya hecho habrá servido si no se llega a un entendimiento con el rey.

BERNARDO.— ¡Pronto lo sabremos! ¿Qué emisarios te han acompañado?

JUDÍO.— Han venido conmigo dos sarracenos viejos, los más sabios de la comunidad. Ellos han creído en mis palabras cuando les he hablado de la tolerancia y la justicia de nuestro rey, pero el alcaide no se ha fiado; desconfía profundamente de Jofre y sus hombres.

GALLERÁN.— ¡Atención, caballeros, llega el rey!

(Entra el rey custodiado por los dos soldados que se quedan en la puerta. Todos hacen la reverencia. Gallerán y Bernardo se dirigen a la mesa y se sientan a revisar documentos.)

EL REY.— ¡Decid, Astruc! ¿Cómo está Jofre?

JUDÍO.— Majestad, Jofre está retenido en el castillo. Me han asegurado que se encuentra bien. He conseguido hablar con el alcaide y le he comunicado vuestros deseos. Después he tenido que esperar, pues se ha reunido toda la comunidad en secreto, comunicándome posteriormente que me acompañarían dos de ellos, los cuales esperan ser recibidos por vuestra majestad.

EL REY.— ¡Ordenad que pasen!

(El judío habla con los soldados y éstos salen. Bernardo se levanta y le entrega al rey unos documentos, haciéndole algunas indicaciones que consiguen que apenas preste atención al resto de la conversación.)

GALLERÁN.— *(Dirigiéndose al rey, que apenas pone atención.)* Astruc nos comentaba que el alcaide del castillo es muy reticente y no se amedrenta fácilmente.

JUDÍO.— ¡Sí! El alcaide es un hombre aferrado a su tierra y su gente y no está dispuesto a pasar por más humillaciones. No se fía de las promesas de Castilla y está dispuesto a todo si no se llega a un trato justo.

GALLERÁN.— Jofre y sus hombres no consiguieron ganarse el afecto del pueblo sarraceno. Y ello fue su perdición.

JUDÍO.— Nosotros los judíos, cuando estuvimos sometidos bajo la dominación de los musulmanes, nos felicitábamos por la tolerancia en la que vivíamos; así consiguieron que, desde los primeros días de la conquista, algunos fueran colaboradores valiosos suyos, terminando por convertirse al Islam. Bien es cierto que los árabes supieron apreciar mejor que algunos cristianos las ventajas de estar sometidos.

GALLERÁN.— ¡Por Dios, Astruc! También los cristianos hemos sido condescendientes con vosotros. Vos mismo sois el mejor ejemplo.

OBISPO.— Cometisteis la mayor ofensa que se puede hacer a nuestra religión, pues el escarnio de un crucifijo implicaba la muerte en la horca. En cambio, nuestro rey os perdonó y todavía hizo más nombrándoos su emisario personal.

JUDÍO.— ¡Jamás le agradeceré bastante a nuestro señor su perdón!

ESCENA II

(Entran los soldados acompañando a los sarracenos. Astruc se dirige hacia ellos y les susurra unas palabras; seguidamente se dirigen al rey.)

SARRACENO 1º.— ¡Alá os guarde, majestad!

EL REY.— ¡Sed bienvenidos a mi campamento! Confío en que, después de conocer cuáles son mis intenciones, hayáis optado por ceder vuestra resistencia.

SARRACENO 1º.— Majestad, en nombre del Señor, permitidnos ser fieles a nuestra tierra y nuestra comunidad. Por ello, no seríamos bien nacidos ni fieles al Profeta si no defendiéramos esta tierra con nuestra sangre si fuese preciso. Pero como amamos la paz y deseamos la justicia, os suplicamos que escuchéis nuestra embajada.

EL REY.— ¡Hablad, os escucho con atención!

SARRACENO 1º.— Sabéis que los almohades nos sometimos a la protección de Castilla porque creíamos firmemente que siendo vasallos del rey de Granada estaríamos peor; y por ello pagamos cuantos tributos y requisitos se formalizaron en los pactos. Pero he aquí que el rey Alfonso delegó su representación en Jofre de Loaisa y sus hombres, y la protección que debíamos recibir al poco tiempo se convirtió en tiranía y humillación. Hartos de soportar vilezas, cuando el momento nos fue propicio nos sublevamos y alcanzamos el éxito y volvimos a regirnos por nosotros mismos bajo el amparo de nuestras justas leyes, y dimos gracias a Alá por esta nueva bendición del cielo. Mas vos queréis someternos de nuevo a Jofre y sus hombres. ¡Permitidnos de nuevo que nos neguemos a tamaña resolución!

SARRACENO 2º.— ¡Señor, si conocierais a Jofre de Loaisa no os atreveríais a hacernos esta proposición!

EL REY.— Os equivozáis, venerable anciano, y no os sorprendáis ni dudéis de lo que os voy a decir. Antes de que el rey Alfonso concediese a Jofre el mayorazgo de Petrer con su villa y castillo, ese hombre estuvo al servicio de mi corona, siendo el tutor de mi hija Violante. Mas, cuando ella se casó con Alfonso, Jofre continuó a su servicio y, naturalmente, también a las órdenes del rey de Castilla. Así pues, ¿qué podríais decirme que ignore del hombre a quien yo confié mi hija?

SARRACENO 2º.— ¡Majestad, a pesar de ello, Jofre, por el cargo que ostentaba, fue el responsable directo de todo lo sucedido!

EL REY.— ¡Y las circunstancias de las insurrecciones de otros pueblos! ¡Y las presiones del rey Alfonso sobre él! Todo pudo incidir en su extrema actitud.

SARRACENO 1º.— ¡Sí! Pero es sinónimo de vileza ejercer la tiranía y el abuso para amordazar a gentes inocentes con el fin de evitar el avance de la insurrección. Mas, con su actitud, la provocó. Pero no temáis por él, pues no le hemos hecho ningún daño.

EL REY.— Venerables ancianos, mi presencia aquí responde a la necesidad de restablecer la paz, devolviéndole la plaza al rey Alfonso, y no desistiré en mi empeño sea cual fuere su coste. Mas, si accedéis pacíficamente a someteros a nos, Jofre jurará el cumplimiento de los pactos que estableció con el rey Alfonso y nuevamente serán respetados vuestros derechos y libertades. En este nuevo tratado empeño mi honor. Por el contrario, por más fuerte que sea vuestro alcaide y su ejército, os juro que el pueblo de Petrer será arrasado por mis soldados y sobre vosotros recaerá el llanto y la sangre derramada, e inútil será entonces implorarme perdón.

SARRACENO 2º.— ¡Sabed que nuestro pueblo también tiene orgullo y honor y una fe inquebrantable en Alá, que nos asistirá mientras tengamos aliento para luchar! Nuestro alcaide también está dispuesto, junto con toda la comunidad, a mantener nuestra libertad...

SARRACENO 1º.— Majestad, vos sabéis, por vuestra condición de rey, que un pueblo sin dignidad no es nada; y que jamás se debe de comportar igual que los bueyes que doblegan su frente mansamente ante su verdugo. Nuestra dignidad no nos va a permitir morir como viejas asustadas cuando nos asiste la razón y los hechos claman al cielo, pues sabed que, una vez pagados los tributos por nuestras cosechas, apenas nos quedaba para poder sobrevivir.

EL REY.— (*Enérgico, se pone de pie.*) ¡Por Dios, callad!, que voy a olvidar que sois dos ancianos. Mi propuesta ya la conocéis y mantiene el altísimo concepto que le presto a mi palabra. Dicho está que Jofre y sus hombres respetarán el nuevo pacto y de ello responderán ante el peso de mi corona. Marchaos a meditar sobre cuanto os he dicho ante vuestro alcaide y la comunidad. Decidles que cuanto os he prometido es palabra de rey y no hay en el mundo entero quien haya dudado jamás de Jaime I de Aragón.

SARRACENO 1º.— (*Humildemente.*) En el nombre de Dios, perdonadnos, señor, si nos hemos excedido al pronunciar nuestra embajada. No hemos podido evitar que la cólera nos cegara.

SARRACENO 2º.— Majestad, sabed que somos conocedores de vuestra fama de hombre justo y tolerante.

SARRACENO 1º.— Disculpados y permitidnos que volvamos ante vuestra presencia al atardecer para comunicaros nuestra última decisión.

EL REY.— ¡Está bien! Marchad con Dios.

SARRACENO 1º.— ¡Alá os guarde, majestad!

(Hacen una reverencia y salen acompañados por el judío.)

GALLERÁN.— ¡Señor, a punto hemos estado...!

EL REY.— Tranquilizaos y decidme si habéis encontrado alguna inconveniencia al revisar los pactos.

GALLERÁN.— Queda bien entendida la cantidad de almudines de oro que deberán pagar al año, más las cabezas de cabras, borregos, ovejas y carneros. También se especifica claramente que serán respetadas sus haciendas y la práctica de su religión y costumbres. También dice el documento que los sarracenos serán juzgados por ellos mismos con arreglo a la costumbre de miramolín.

EL REY.— ¡Bien! Disponedlo todo para el regreso de los sarracenos. Quede bien claro que yo, Jaime I de Aragón, rey de Mallorca y Valencia, conde de Barcelona y Urgel, restablezco los pactos entre la comunidad sarracena de Petrer y el rey de Castilla y de Murcia, Alfonso.

BERNARDO.— ¡Todo estará listo para entonces, señor!

(Salen Gallerán y Bernardo.)

OBISPO.— Parece que confiáis demasiado en que la determinación de los sarracenos sea la rendición. ¿Acaso no han dado suficientes muestras de arrogancia y sus palabras no han estado rebosantes de indignación y cólera?

REY.— Obispo Arnau de Gorb, si el alcaide tuviese alguna posibilidad de retener la plaza, él mismo hubiese venido a enfrentarse conmigo. El hecho de que su embajada haya estado representada por los dos ancianos más

sabios pone de manifiesto que es muy cauto; pues sabe muy bien que podrá obtener mayor beneficio negociando que enfrentándose a una guerra conmigo, ya que los sarracenos de Villena, Sax y Elda han vuelto a ser sometidos a Castilla, y mal parados iban a quedar si realmente ofreciesen resistencia, pues los viejos habrán podido comprobar nuestra superioridad.

OBISPO.— Debéis tener en cuenta que el alcaide, en un ataque de soberbia, podría ofrecer resistencia y la suerte de Jofre correría peligro.

REY.— No lo creo, pues si ha mandado a los viejos es porque es muy prudente y no ha querido irritarme con su altiva presencia. Queda claro que le interesa restaurar los pactos con mayores garantías. De todos modos, trabajemos con cautela.

(Sale el obispo.)

ESCENA III

(Entran Constanza, Blanca y Jimeno.)

CONSTANZA.— Descansad, señor, y libraos de tanta fatiga.
Reposad un poco, que vuestra salud os lo agradecerá.

BLANCA.— *(Se dirige al rey con una jarra de vino.)* ¡Bebed y alegraos, señor! Disfrutad del sabor de este confortable vino, pues dicen que una vida sin placer es como un camino sin posada. *(Se dirige hacia la ventana de la tienda y contempla el Cid iluminado por las luces del atardecer.)* Señor, contemplad este hermoso paisaje. Mirad esa inmensa montaña que altiva se levanta hacia los cielos. Parece que las estrellas se detengan sobre ella... Es como un canto triunfal a esta tierra fuerte y luminosa. Fijaos cómo el atardecer la llena de luz.

(El rey se acerca a ella y le habla despacio.)

EL REY.— ¡También tu alma irradia belleza...! Vos palpitáis de emoción ante esa montaña, mas ella no se conmueve ante vuestro encanto lleno de gracia. Vos conocéis el universo de los sentimientos y sabéis que en el canto de la vida las notas son de dolor y gozo.

BLANCA.— La vida es lo más hermoso de toda la creación...

JIMENO.— ¡Prestad atención y escuchad estos versos...!

“El Cid es de oro viejo por la tarde
cuando el adiós del sol es una hoguera
rescoldando un tejido de celajes.
La sierra se empavona
del bronce de la noche, en la medida
que el sol huye al poniente de las sombras.
Entonces los roquedos,
lagrimeando estrellas
más solemnes elevan sus silencios...”

Pero al llegar la aurora
y el sol desde la mar lo alhaja y besa...
¡Cuán hermoso después el Cid aflora
desgarrando las nieblas de la noche,
fluyendo hacia el Azul desde las sombras...!”.

CONSTANZA.— ¡Ya os dije, Jimeno; tenéis más vocación de poeta que de guerrero!

JIMENO.— Si estos versos fuesen míos, podríais dar por seguro que no sería caballero armado.

BLANCA.— ¿Y de quién son, Jimeno?

JIMENO.— Sabéis que los musulmanes son muy dados a cultivar la poesía. Esta tarde he salido fuera del campamento con el propósito de dar un paseo, pues vi que no había ningún peligro. Por el camino me encontré con un viejo pastor que apacentaba ovejas y, charlando, me recitó estos versos. Me dijo que son del espíritu de un ángel puro enamorado de esa montaña, que anda vagando entre flores y pájaros esperando el momento en que Dios le preste un cuerpo para así poder entremezclarse con los hombres...

CONSTANZA.— Si es así, dichosos quienes hallaren en cuerpo y alma a ese ángel poeta.

(Salen Constanza y Blanca.)

ESCENA IV

(Entran Artal de Luna, el obispo y el judío.)

ARTAL.— Majestad, los negociadores ya han salido para Monforte.

EL REY.— ¡Está bien! Disponeos a preparar el consejo de guerra que celebraremos en Alicante.

ARTAL.— Se nos ha confirmado que en Alicante nos aguardan vuestros hijos, junto a los caballeros aragoneses y castellanos incorporados a vuestro mando.

EL REY.— ¡Caballero Artal! Ya conocéis mi intención y propósito de celebrar este consejo. Redactad la ley para que nadie se llame a engaño. Quiero que se especifique de un modo claro mi prohibición de utilizar las armas sin mi expreso mandato, pues he de evitar que nadie utilice su poder para cometer actos propios de bandidaje, escudándose detrás de la corona y utilizando mi nombre en su provecho. En Alicante descansaremos y prepararemos la ocupación de Elche, única plaza importante hasta Orihuela, y de allí partiremos hacia Murcia. ¡Un nuevo triunfo para la cristiandad está a punto de cumplirse!

ARTAL.— Señor, sabéis...

OBISPO.— ¡Artal!

ARTAL.— ¡Bien, señor, como vos ordenéis!

EL REY.— ¡Jimeno, acompañadme, deseo hablar con vos!

(Salen los dos. Los soldados siguen al rey.)

JUDÍO.— ¡Ilustrísima! Qué buen señor nos ha tocado servir.

OBISPO.— Efectivamente, Astruc. Jaime I será recordado al igual que los grandes reyes que estuvieron al servicio de Dios. ¡David y Salomón fueron sus antecesores! Si

conocierais el empeño que tiene en ir a Tierra Santa para arrodillarse ante los santos lugares...

JUDÍO.— ¡Es un rey lleno de virtudes! Si no fuera por su debilidad...

OBISPO.— ¡Sí, amigo Astruc! Si no fuera por su debilidad...

(Salen los dos y se produce un apagón.)

ESCENA V

(Se enciende la luz. Bernardo, Gallerán y Artal están estudiando documentos y escribiendo. Entran los dos soldados y, detrás, el rey, seguido de Jimeno.)

SOLDADO.— ¡El rey!

(Todos se levantan, mientras que el rey se dirige a su sillón.)

EL REY.— Caballeros, ¿qué novedades tenemos?

GALLERÁN.— Señor, ya está terminada toda la documentación sobre la capitulación de Petrer.

(Entra el judío.)

JUDÍO.— Majestad, acaban de regresar los dos sarracenos y solicitan vuestra audiencia.

EL REY.— ¡Sea!

(Sale el judío y regresa con los dos viejos.)

SARRACENO 1º.— ¡Señor! En el nombre de Dios, bien es cierto que hemos valorado vuestra propuesta y ciertamente no nos agrada tener que someternos de nuevo a Castilla, por ello nuestro alcaide ha optado por hacernos una nueva petición.

EL REY.— ¡Decid pronto!

SARRACENO 1º.— Que seáis vos y no el rey de Castilla quien retenga el castillo y la plaza.

EL REY.— Sabéis que ello es imposible, aunque vuestra actitud me agrada. Dispuesto está que volveréis a ser vasallos de don Alfonso, pues no estaría bien que yo me quedara con los castillos que le corresponden a él o sus mandatarios. Agradezco vuestra intención, pero entended que me es imposible acceder a vuestra petición.

SARRACENO 2º.—Majestad, pues si tanto lo deseáis, obra-
remos según vuestra voluntad. ¡Disponéos a tomar la
plaza!

EL REY.—Mañana al amanecer marcharé delante de mis
caballeros y haré que los hombres de Jofre suban mi
pendón a la almena más alta de la fortaleza. ¡Caballe-
ros, acercad el documento!

*(Todos se acercan al rey con los documentos. Los
sarracenos lo firman y seguidamente lo hace el rey.)*

EL REY.—¡Y, ahora, marchad y comunicad a todo el pueblo
que se ha firmado la paz!

*(Los sarracenos se inclinan ante el rey y salen acom-
pañados del judío.)*

BERNARDO.—¡Señor! ¿Consideráis suficiente la firma de
los sarracenos? Pensad que el alcaide y la comunidad
os prefieren a vos por rey antes que ser nuevamente
vasallos del rey Alfonso y Jofre de Loaisa.

EL REY.—¡Decís bien, Bernardo! Y es por ello que mañana,
después de la misa, nuestro ejército entrará en Petrer y
consumará la rendición para mayor seguridad. Y aho-
ra retirémonos a descansar pues ya casi ha oscurecido.

*(Salen todos lentamente, y al quedarse la tienda
vacía, se va apagando la luz lentamente, escuchándose
el sonido de viento frío.)*

ESCENA VI

(En el dormitorio del rey flamea débilmente una antorcha como toda luz. Por la ventana de la habitación se ve el Cid iluminado por la luna. El rey está junto a su lecho, mirando las estrellas.)

EL REY.— *(Voz en off.)* Nuevamente me encuentro a solas conmigo mismo. Mis nobles descansan soñando cómo alcanzar mayores riquezas. En este momento de profunda intimidad, me siento cansado y noto que la vida se me escapa. He luchado afanosamente por conseguir siempre mis propósitos y el éxito me ha acompañado; pero, a pesar de ello, no me siento satisfecho y toda mi grandeza se esfuma cuando me siento solo. El oro de mi corona me pesa demasiado.

(Una sombra aparece por un lado de la habitación. El rey la observa y se vuelve rápidamente.)

BLANCA.— ¿Contáis vuestros sueños a las estrellas? ¡Fijaos, la luna arde como si fuese a morir!

EL REY.— ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo habéis podido burlar la guardia?

BLANCA.— Me han reconocido y he entrado sin que nadie más me viera.

EL REY.— ¿Qué queréis de mí?

BLANCA.— ¡Nada! Simplemente continuar hablando con vos a solas, sin que nadie nos escuche.

EL REY.— Estoy fatigado y tal vez mañana podría encontrarme con alguna sorpresa.

BLANCA.— Pero los sarracenos han firmado ya la capitulación...

EL REY.— ¡Sí! Pero son valientes y obstinados... y la noche es mala consejera.

BLANCA.— ¡Callad! No habléis más de los sarracenos. Mañana una nueva victoria se ceñirá sobre vuestro cetro, colmándoos de honor y gloria. ¡Qué afortunado sois! Habéis sabido obtener de la vida cuanto habéis deseado: fortuna, prestigio... y amor. El mayor don que la vida otorga a los seres afortunados. Ya no os queda nada que ambicionar de este mundo.

EL REY.— (*Pensativo.*) Tal vez la serenidad de mi espíritu, mi paz... De niño sufrí las consecuencias del desamor de mis padres. Fui un niño triste, apartado del cariño de mi madre cuando apenas tenía tres años, y ya no la volví a ver nunca más. Mi nacimiento fue calculado fríamente pensando sólo en la sucesión al trono de mi padre. ¡Eran intereses de Estado! Mi padre fue engañado cuando acudió al lecho del amor; él creyó yacer con una dama por la que se sentía atraído. A veces pienso que el haberme apartado de mi madre siendo tan niño me marcó para siempre, pues durante toda mi vida he vivido fascinado por las mujeres.

BLANCA.— Fueron muchas ¿verdad?

EL REY.— Blanca, es muy fuerte vuestra curiosidad.

BLANCA.— Perdonad mi indiscreción, señor, pero me muero por saberlo todo de vos.

EL REY.— ¡Sí! Muchas. No podría deciros cuántas. Pero he de confesar que sólo fui realmente feliz con mi segunda mujer, Violante de Hungría. Cuando murió volví a encontrarme perdido, sin cesar de buscar a la mujer con la que pudiera reencontrar mi armonía perdida.

BLANCA.— Yo pensaba que erais feliz.

EL REY.— Ya ves que no es todo cual se cuenta. A pesar de que digan que el amor ha sido la pasión dominante de mi vida, también me siento desdichado.

BLANCA.— ¿Qué os cautivó de ellas?

EL REY.— Bien cierto que cada una me atrajo por distinto motivo: juventud, bondad, inteligencia, belleza, ternura, pasión... Cada una de ellas poseía alguna de estas cualidades; pero solamente doña Violante supo retenerme a su lado completamente enamorado. Y ahora, con Teresa Gil, ¡ya sabéis...! La lepra está acabando con ella y yo nuevamente me estoy sumergiendo en el mar de la desdicha. ¡Dios mío! ¿Por qué somos tan débiles para soportarnos a nosotros mismos?

BLANCA.— ¡Por favor!... No habléis así... que sufro por vos. Sabéis cuál es mi aprecio y creo que también os amo, aunque sé que nunca podré aspirar a estar siempre junto a vos. Pero no quiero pensar en ello; solamente deseo que la dicha de esta noche no termine nunca.

EL REY.— Blanca... ¡me aturdí! Poseéis el encanto de la ternura y vuestras palabras me llenan de serenidad y gozo.

BLANCA.— ¡Mi rey...! No penséis en nada y procurad vivir también los momentos dulces que la vida nos depara, pues ambos estamos heridos de amor...

(Se abrazan llenos de deseo y se apaga la luz lentamente.)

ESCENA VII

(Ha amanecido. Es el día 19 de noviembre. En la tienda real están todos los personajes arrodillados, pues el obispo y el fraile están terminando la misa matutina. Entre ellos están los hombres de Jofre de Loaisa. Después de alzar a Dios, el obispo pronuncia las palabras finales de la ceremonia.)

OBISPO.— ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

TODOS.— ¡Amén!

(Se santiguan y se ponen de pie.)

OBISPO.— Antes de finalizar el oficio, como es costumbre, quiero exhortaros de nuevo —ante este día que Dios todopoderoso nos permite vivir— a que sigamos fieles a nuestra fe y persistentes en la lucha por la cristianización de los infieles. Sabéis que, amparados por estos grandes ideales, obtendrán la gloria todos los que perezcan en el campo de batalla, pues nuestro Señor no deja de recompensar a los que mueren por su fe. ¡Demos gracias a Dios por ello!

EL REY.— ¡Caballeros! Vamos a partir a conquistar una nueva plaza. Estad prestos para la sorpresa. Hoy tenemos junto a nosotros a los hombres de Jofre de Loaisa, que nos acompañarán a efectuar la rendición de los sarrazenos de Petrer, y cuando Jofre sea liberado le entregaremos las llaves de la fortaleza.

RAIMUNDO DE MONTOLIÚ.— ¡Señor, dispuestos estamos a marchar junto a vos! ¡Contad con nuestras vidas y la lealtad de nuestras espadas!

EL REY.— ¡Lleváis razón, caballero! Los hombres de armas tenemos la obligación de luchar con honor, y nuestra

acción debe trascender la brutalidad de la guerra. Y ahora, juremos ante la cruz que, si luchamos, nadie retrocederá, considerándose traidor quien lo hiciere.

(El rey levanta la cruz del altar y todos se arrodillan.)

EL REY.— ¿Juráis solemnemente estar dispuestos a sacrificar vuestras vidas por vuestra fe y vuestro rey si el momento os lo demandare?

TODOS.— ¡Juramos!

EL REY.— ¡Hombres de Jofre, acercaos! Sabéis que, según lo dispuesto, hoy se os entregará la plaza. Es mi deseo que los sarracenos vuelvan a vivir en paz y prosperidad. No olvidéis nunca que ellos son vuestros súbditos y os pagan para que veléis por ellos; en ello consistirá vuestra misión. El poder que vais a recibir que nunca más se convierta en tiranía; por ello, obrad siempre con justicia y recordad estos consejos que os voy a decir: Cumplid siempre todo aquello que prometiereis; antes de otorgar la palabra, reflexionad sobre la conveniencia, pero una vez dada, mantenedla siempre; ganaos el querer de todos vuestros súbditos, pues los buenos gobernantes deben retener el agrado y el afecto de la gente; cumplid y haced cumplir vuestras órdenes, y sabed que el ejercicio de la mentira acabará arruinándoos para siempre; no otorguéis tierras a quien no resida en ellas, dádselas a quien las trabaje y saque provecho; no hagáis justicia a escondidas, sino hacedla pública, para que todos vean la razón de la pena o la gracia del indulto, que esto os creará respeto y alabanza; sabed que el dinero no aprovecha si no es bien merecido, y tened siempre presente que la injusticia provoca violencia. Esto es todo. Acordaos siempre de ello.

BERNARDO.— ¡Majestad! Todo está dispuesto para marchar. Las tropas en formación esperan vuestra orden de partida.

EL REY.— ¡Pues adelante, caballero! Que nuestro ejército se ponga en marcha hacia la fortaleza de Petrer, y que la gloria de Dios, nuevamente, se ciña sobre la corona de Aragón.

TODOS.— ¡Adelante! ¡Viva el rey!

TELÓN

TERCER ACTO

(En el castillo con guardias en la muralla. Se acerca un mensajero a caballo y se dirige al centinela que está en el balcón.)

ESCENA I

MENSAJERO.— ¡Ah del castillo!

CENTINELA.— ¿Quién va?

MENSAJERO.— ¡En nombre de mi señor, el rey Jaime I el Conquistador, rey de la corona de Aragón, rey de Valencia y de Mallorca, solicito la presencia inmediata del alcaide del castillo!

CENTINELA.— No os impacientéis y esperad un momento.

(Aparece el alcaide.)

ALCAIDE.— ¡Decid, mensajero! ¿Qué propósito os trae a este lugar?

MENSAJERO.— ¡Ha llegado el día lleno de gloria en que restaurados los pactos sea sometida esta fortaleza; y para ello ya llega mi señor y sus caballeros! Prestaos a recibirle con la dignidad que un monarca se merece.

ALCAIDE.— ¡Di a tu señor que estamos dispuestos a capitular!

(Regresa el mensajero al mismo tiempo que el rey entra a la explanada del castillo con todo su séquito.)

EL REY.— Henos aquí, ante esta fortaleza que parece una gran corona de oro dominando todo el valle. Vengo a hablaros en nombre del rey de Castilla y de Murcia, Alfonso X, conocido en todos los confines de España como “el Sabio”; título que ha sabido ganarse por ser benefactor de las artes y las letras, que es lo que debe primar en los hombres de real nobleza, junto a la caballería y el honor. Y es mi propósito que hoy —según lo pactado anoche en mi campamento con vuestros emisarios, los dos ancianos y el judío— depongáis vuestra lucha y me entreguéis a Jofre de Loaisa, junto a las llaves de la fortaleza, para devolvérselas a su legítimo dueño y señor, el rey Alfonso. Y no es un mensajero ni un locuaz embajador quien os lo exige; sino yo, el rey Jaime de Aragón.

Sé que vosotros amáis esta tierra entrañable. Aquí habéis nacido y luchado, y con vuestra sangre y sudor habéis hecho fértiles estas tierras. Sé de vuestra congoja y la humillación a que habéis sido sometidos; y son las leyes del Dios del universo las que nos enseñan a los cristianos el don de la caridad y el perdón. A ellas seréis sometidos con el restablecimiento de los pactos entre vosotros y el rey Alfonso.

Si hemos llegado a tan feliz resolución es por nuestra experiencia y por vuestra cauta sabiduría, que nos dictaron que antes de empuñar las armas deberíamos utilizar las palabras, que la fuerza no siempre tiene la razón, y que no puede haber paz donde hay injusticia y vejación.

Quisiera ser como el trovador que va cantando a la armonía y al amor, y conquista castillos y ciudades en son de paz. Pero, ¡cuidado!, también mi alma se llena de cólera al empuñar mi espada, y mis ejércitos ensombrecen los días de terror y muerte a su paso. Pero no temáis, soy fiel a mi palabra y mientras acatéis los pactos se respetarán vuestras vidas y hacien-

das. Viviréis según vuestras costumbres y ritos y fe en Alá; y no seréis menospreciados por vuestro origen árabe. Pongo a mi Dios Jesucristo por testigo de cuanto he pronunciado, pues no sería digno de llamarme rey si así no fuere. ¡Así, pues, rendid ya el castillo y librad a Jofre de Loaisa!

ALCAIDE.— ¡Majestad! Anoche, cuando las luces del crepúsculo oscilaban, brilló con mayor fulgor la media luna como señal del cielo, pues se había firmado la paz y no la guerra. Nuestras vidas y haciendas quedaban garantizadas y, además, se nos iba a permitir seguir viviendo en esta bendita tierra, que si gozo nos dio haber nacido en ella, más nos alegrará que un día lejano sea la morada eterna de todos nosotros y de nuestros descendientes.

Mucho hemos sufrido por el mal comportamiento de Jofre y sus hombres, tanto que nos obligó a sublevarnos y hacerle prisionero, pues su tiranía llegó a límites insostenibles, convirtiendo nuestra existencia en un infierno. Por ello, con gran admiración hemos escuchado vuestras palabras y nos llena de felicidad tan complaciente resolución. El día de hoy quedará grabado en la historia de Bitrir, nuestro pueblo, y será recordada esta determinación siglo tras siglo, pues se ha evitado una feroz matanza. *(Dirigiéndose al castillo.)* ¡Guardias, os ordeno que soltéis a Jofre de Loaisa!

(Por la puerta del castillo salen Jofre y dos guardias. Los guardias se quedan junto al alcaide y Jofre se sitúa junto al rey.)

ALCAIDE.— ¡Señor! Ya tenéis al temible Jofre junto a vos; comprobad que no ha sufrido daño alguno. Mientras ha permanecido en nuestro poder fue respetado como él no lo hizo con nosotros, pues, ¡vive Alá! que, al tomar la plaza, nunca fue nuestra intención recurrir a la venganza.

EL REY.— ¡Jofre de Loaisa, alcaide y señor de este castillo! Por el poder que me confiere sobre vos y vuestros vasallos el rey de Castilla, os exijo que juréis públicamente el cumplimiento de los pactos que los sarracenos tienen con vuestro rey Alfonso; y os incito a que, guiado por ellos, sea garantizada la justicia y la paz, advirtiéndooos, que jurar ante mí exige el cumplimiento de los pactos, porque si no, ¡ay de vos!, más valiera que vuestra cabeza hubiese rodado por esas almenas. Si el perdón de un rey, por su inmenso poder, puede ser infinitamente misericordioso, por la misma razón su castigo podría ser ejemplar. Mereceos la confianza que nuevamente deposita el rey Alfonso en vos para que perdure la paz. ¡Así pues, jurad!

JOFRE.— ¡Señor! Juro ante vuestra augusta majestad que acataré y haré cumplir los pactos, y mi autoridad será ejercida con justicia, para honor vuestro y del rey de Castilla.

EL REY.— Mi misión en estas tierras me demanda partir para afrontar nuevas empresas.

ALCAIDE.— ¡Majestad! Antes de haceros entrega de las llaves de la fortaleza, os reiteramos de nuevo nuestro deseo de que seáis vos y no el rey de Castilla quien quede como señor de esta plaza.

EL REY.— Me complace vuestra intención, alcaide, pero no estaría bien actuar en ayuda del rey de Castilla y al mismo tiempo obtener provecho.

(El alcaide se acerca al rey con las llaves, inclinándose ante él.)

ALCAID.— ¡Con este acto de respeto os entrego las llaves de la fortaleza! ¡Pido a Alá que os conserve la gracia y la vida por largos años!

(El rey toma las llaves y las entrega a Jofre.)

EL REY.— ¡Atención, caballeros! Que vibren los clarines y resuenen los timbales por todo el valle. Que los heraldos cabalguen por el pueblo y comuniquen el regocijo a todas las gentes, pues ha llegado el momento de que nuestra insignia ondee en la torre de la fortaleza. ¡Marchad prestos, y con orgullo izad mi victorioso pendón a los cuatro vientos!, y sean testigos de mi grandeza por los siglos las piedras de este castillo y el astro rey que nos ilumina.

(Los hombres de Jofre de Loaisa entran al castillo e izan el pendón en la torre del homenaje.)

TODOS.— ¡Honor y gloria a Dios y a nuestro rey don Jaime!
¡Viva el rey!

Francisco Máñez Iniesta



TEXTE TEATRAL

Crònica del rei En Jaume I

Escriu el rei En Jaume:

“Vaig enviar un missatger a Petrer, que En Jofre havia perdut. Ben prompte vingueren d'allí dos dels vells i un jueu que hi estava en temps de Jofre i a qui els sarraïns no l'havien tingut mai mala fe. Parlamentàrem tots tres ells i jo perquè em rendiren el castell i així tornar-li'l a En Jofre. Els vaig dir que faria que atengueren els convenis que tenien amb el rei de Castella i amb En Jofre. Em respongueren que a causa del mal tracte que havien rebut es rebel·laren i jo els hi havia de jurar que retindria el castell per a mi ja que tenien por d'En Jofre. Els vaig respondre que de tot açò em faria càrrec i que a En Jofre li faria complir els seus compromisos abans de tornar-li el castell: ja que no estaria bé que jo entrara en ajuda del rei de Castella i m'apropriara els seus castells en lloc de tornar-li'ls.

Sobre tot açò digueren que discutirien per a arribar a un acord, i que em donarien la resposta a la vesprada. Tornaren a punt de pondre's el sol i em van dir que ja que així ho volia jo, farien la meua voluntat. Al matí següent vaig partir amb els meus cavallers, tot manant als hòmens d'En Jofre que hissaren el nostre penó al castell que jo els hi restituïa”.

REPARTIMENT

Rei En Jaume I
Na Blanca
Na Constança
Bisbe Arnau de Gorb
Jueu N'Astruc de Bonsenyor
Cavaller Bernat Arnau d'Anglesola
Cavaller Eixemén d'Urrea
Cavaller Artal de Luna
Cavaller Galleran de Pinós
Cavaller Bernat de Vilanova
Cavaller Raimon de Montoliu
Alcaid
Jofre de Loaisa
Sarrai de Petrer 1r.
Sarrai de Petrer 2n.
Sarrai d'Elda 1r.
Sarrai d'Elda 2n.
Missatger
Frare
Soldat 1r.
Soldat tamboriner
Dames de la cort cristianes, musulmanes,
soldats cristians i soldats musulmans.

PRIMER ACTE

És el dia 18 de novembre de 1265. Als afores de Petrer s'està instal·lant el campament de Jaume I.

S'obri el teló i apareix l'interior de la tenda reial, on uns soldats van acabant de situar un altar de fusta. Hi ha una taula llarga amb els seients corresponents i en un extrem està el templet reial amb el setial del rei.

En escena es troben diversos soldats, les dames Blanca i Constança i el cavaller Bernat Arnau. Les dames estan aqueferades en la tenda i el cavaller ordena uns documents. Blanca cantusseja alegrement mentre juga amb els cavallers.

ESCENA I

BERNAT.— ¡Per Déu, Blanca! Pareu ja eix rebombori. Deixeu les bromes i estigueu més alerta en allò que esteu fent. ¡Quina bogeria, Déu meu!

(Ixen els soldats.)

CONSTANÇA.— ¡Vinga, ja heu escoltat el cavaller Bernat! Deixeu de cantussejar, que només sentir que s'aproxima el senyor rei En Jaume sembla que la sang vos bulla i voletegeu com una palometà enlluernada.

BERNAT.— ¡Joventut, joventut! Sou un cavall desbocat, a qui se li ha de subjectar les regnes per a poder contenir-lo. El pas dels anys i l'amargor de la vida assecaran el vostre ímpetu, no sembleu una dona com les altres...

(Entra en escena el jove cavaller Eixemén, que ha escoltat la conversació.)

EIXEMÉN.— (*Tallant a Bernat.*) ¡Per Déu! Sembla que vos divertiu fent la guitza a Blanca. ¿I què tindrà de bo aplacar l'ímpetu de la joventut? ¿Potser la vida no és més bella i fecunda quan l'harmonitzem amb l'ímpetu del treball, la il·lusió i l'alegria? ¿És que Blanca no s'uneix més amb la mare natura amb la seua dolçor, naturalitat i frescor? La grandesa del seu esperit i l'espontaneïtat, és el més bell cant que l'ànima humana és capaç d'evocar. Sembla que els dos teniu enveja del que ella representa, de tot allò que ja mai no podreu posseir...

CONSTANÇA.— ¡Mireu-lo! ¡Amb quina passió defensa Blanca! Els dos sou iguals d'estúpids; si per mi fóra, ja vos donaria jo a vosaltres... Més disciplina hauríeu d'haver rebut.

EIXEMÉN.— ¡Cert és, Na Constança! Blanca i jo ens semblem. Perquè també des de la joventut més m'estime cantar la cançó de la vida i l'amor, i és mon senyor En Jaume el meu exemple. Creeu-me que m'agradaria semblar-me a ell, perquè l'honor i l'amor han sigut la passió de sa vida.

BLANCA.— Jutgeu bé la vida del nostre senyor rei, Eixemén. Els joglars canten que sa vida ha sigut una festa d'amor, a pesar de la rudesia de l'educació que ha rebut. Tots sabem que de xiquet va ser instruït i educat pels monjos templaris en el castell de Montsó. El gran mestre Guillem de Montrodon el va sotmetre a una disciplina fèrria quan aprenia l'art de la política i els principis religiosos. Més i millor educació no va poder obtenir-ne i, en canvi, tots coneixem com ha sigut sa vida i les reprimendes del bisbe Arnau de Gorb sobre els seus amors. Com veeu, Constança, hi ha molta diferència entre el que t'ensenyen i el que després s'aprén.

BERNAT.— Penseu, Blanca, que l'home també pren actituds i conceptes equivocats... i que el pecat sempre acompanya el ser humà.

EIXEMÉN.— Efectivament, Bernat, simplement d'això es tracta. ¿No vos heu preguntat alguna vegada si el concepte que sobre l'amor teniu està contraposat amb la natura de l'home? ¿No heu pensat que potser els pecats naturals de l'home siguen legítims?

BERNAT.— ¡Per Déu, Eixemen d'Urrea, no sigueu neci, perquè sembla, pel que insinueu, que no sabeu què dieu!

CONSTANÇA.— ¡Valent truà! Més valdria que passàreu el temps practicant l'oració, en comptes de pensar tantes ximpleries. ¡Que sou cavaller i cristià, i açò vos exigeix molt! Eviteu de fer comentaris d'eixa classe davant el senyor bisbe, perquè segur que vos ficaria a l'infern.

EIXEMÉN.— (*Riu.*) Per descomptat que sóc cavaller, Na Constança, i tant que m'ha costat, no cregueu. Perquè no debades nostre senyor, el rei, va dipositar en mi la seua amistat i confiança, i això que jo era un jove neci com vós dieu de mi, i no diguem com goja conversant amb mi... Si vos contara dels pensaments íntims, de les perturbacions de l'ànima, de les ànsies, dels seus amors secrets...

CONSTANÇA.— (*Intrigada.*) ¡Conteu, Eixemen, conteu...!

EIXEMÉN.— ¡Valga'm Déu, senyora, que sóc cavaller! I si al bisbe de Girona, Berenguer de Castellbisbal, el rei En Jaume li va fer tallar la llengua per contar un secret de confessió sobre Teresa Gil, a mi, m'esquarteraria.

BLANCA.— ¡Calleu, Eixemen! ¡Ja n'hi ha prou! Que els nostres amics no vos comprenen i vos interpreten mal, ja que el món és gran i els cels amples perquè solament càpien uns pocs conceptes. Recordeu que estem en

campanya i ací ha de prevaldre la guerra i el benefici del botí. Parlar d'amor i de sentiments humans sobra... (*Abaixa la veu.*) si no és davant del nostre senyor.

(*Ix.*)

BERNAT.— Efectivament, senyora. Prou de comentaris i alleugerim la faena, que el rei arribarà prompte i la tenda ha d'estar enllestida. Digueu-me, Eixemén, ¿quan van partir cap a Elda i Petrer el jueu N'Astruc i els negociadors?

EIXEMÉN.— Van eixir quan va arribar la primera expedició, i esperem que retornen per informar al rei abans de fer-se fosc.

(*Entra un soldat i es dirigeix a Bernat.*)

SOLDAT.— ¡Senyor! El gros de l'exèrcit arriba al campament!.

BERNAT.— ¡Bé, aviseu la guàrdia per a rebre el senyor rei!

(*Ix el soldat.*)

BERNAT.— ¡Eixemén acompanyeu-me! Disposem-nos a rebre el senyor rei, i vós, Na Constança, ocupeu-vos d'acomodar el nostre senyor.

(*Ixen tots.*)

ESCENA II

(Interior de la tenda, tot està preparat. Entra el bisbe i el cavaller N'Artal de Lluna.)

BISBE.— Artal vos trobe preocupat i no veig, aparentment, cap motiu. ¡Digueu-me! ¿Què motiva la vostra tristor? ¿Què vos passa?

ARTAL.— Excel·lència, des que hem eixit de Saix el record de N'Artal d'Alagó m'acora. Ja fa vint-i-sis anys que allí va perdre la vida, quan, junt amb el vescomte de Cardona i el seu exèrcit, van fer la primera incursió en aquest regne. Potser la mort li va vindre innecessàriament... Si s'haguera disposat millor l'estratègia del setge de Saix, tal vegada aquella missió haguera acabat amb èxit.

BISBE.— Van ser uns valents que no temien la mort i aquí, a Saix, va quedar ben demostrat. La nostra causa imposa a vegades grans sacrificis, que únicament es poden comprendre amb la gràcia de la fe cristiana.

ARTAL.— ¡Però aquell no va ser moment propici. És una bogeria començar un setge només amb l'impuls de la fe en Crist!

BISBE.— ¡No oblideu que tots els sacrificis seran recompensats! Quan els sarraïns estiguen sotmesos i batejats...

ARTAL.— *(Li talla la paraula.)* Vós sabeu que el nostre senyor rei no vol que es cristianitze per la força i, com ell, el rei Alfons. Tots dos coincideixen en el fet que els almohades seguisquen amb els costums i la religió musulmana, i desitja la prosperitat i la pau per a ells després de la conquesta. ¡Bé sap Déu que desitge que així passe i acabe tanta guerra!

BISBE.— Heu de saber que el rei Alfons ha intentat diverses vegades passar a l'Àfrica per a conquerir els regnes musulmans...

ARTAL.— Possiblement aquesta lluita no acabe mai, encara que certament jo em trobe cansat de tanta guerra. La guerra santa no cessarà fins que els sarraïns siguin expulsats d'aquestes terres. Aquest serà el resultat final, encara que passen molts anys, perquè com ha ocorregut ací, a Petrer, els cristians no toleren els musulmans, sobretot si aquests tenen posició per a poder exigir els seus drets... ¡Déu meu! ¿Per què existeix dins de nosaltres aquest afany desmesurat per aconseguir noves conquestes?

BISBE.— Artal, Artal..., no continue amb els vostres dubtes que a cap lloc vos conduiran. Penseu que els sarraïns, fa cinc-cents anys, i davant la passivitat del poble, també van conquerir aquestes terres.

ARTAL.— ¡Sí! Però aleshores l'estat de descomposició en què es trobava el regne visigot i les llargues lluites internes van provocar que molts ajudaren els sarraïns, ja que consideraven els visigots com una càrrega massa opressiva. Deveu saber que va ser el comte Julià qui va demanar als àrabs conquerir el regne d'al-Àndalus quan va decidir venjar l'honor de sa filla, honor tacat pel rei Roderic. Les ànsies de revenja el van impulsar a la traïció; va facilitar l'entrada de la primera expedició a les ordres del berber Tariq, però, després, la primera mesura que el poder musulmà va adoptar va ser desposseir els grans propietaris d'origen visigot i donar la terra a qui la treballava com a serfs; per açò quan es va demanar al poble que lluitara contra els musulmans no hi va haver gent del poble que alçara les armes en contra d'ells. I després van aconseguir que el califat de Còrdova fóra el centre del món civilitzat... i mai, des d'aleshores, aquestes terres han contemplat tanta magnificència.

BISBE.— Sí, certament és com ho conteu, però les circumstàncies van canviar i la decadència va entrar en

els seus regnes. I els almohades i els almoràvits van imposar la seua intolerància religiosa.

ARTAL.— ¡Volien restituir l'imperi musulmà i donar resposta al creixement de la corona d'Aragó i de Castella!

BISBE.— Encara així, no tots pensaven el mateix. En la capitulació d'Alcaraz el rei Hudiel de Múrica va preferir sotmetre's al rei Alfons de Castella abans que al rei de Granada, el més poderós dels reis mahometans. El que va passar després ja ho sabeu...

ARTAL.— ¡Sí! De nou la intolerància i l'abús va caure sobre el poble sarraí, i ací ens trobem nosaltres per a restablir la justícia i la pau. ¡Valga'm Déu que desitge no haver d'empunyar més l'espasa per a conquistar noves terres! Desitjaria de tot cor que cristians, jueus i musulmans visqueren respectant-se les creences pròpies, perquè tots han nascut aquí i estimem aquesta terra, i que de nou tornara a resplendir en totes les ànimes l'esperança.

BISBE.— (*Somriu.*) Parleu com un poeta i no com un cavaller al servei d'armes; si els vostres soldats vos sentiren es riurién de vós. Tots dos som instruments de Déu i estem obligats a exercir la missió que el cel ens ha destinat. Cenyiu-vos a les lleis de la guerra i jo als manaments de l'Església, mentre sostinga amb les mans aquesta creu i vestisca aquests hàbits. ¿Què sabem nosaltres dels designis de Déu nostre senyor?

ARTAL.— Els meus pensament es capgiren contra mi i em fan gravitar en un mar de dubtes.

BISBE.— ¡Pel vostre bé, fill meu! Deixeu-ho estar i confieu en Déu. De vegades vos assembleu al jove Eixemén. Sou uns somniadors que confoneu el color real de la vida. Deixeu de somniar i d'idealitzar tot el que vos rodeja. Recordeu allò que diuen del rei Alfons: de tant mirar les estrelles se li va caure la corona. (*Es riu.*)

(Entra un frare i es dirigeix al bisbe.)

FRARE.— *(Fa una reverència.)* ¡Sa il.lustríssima!

BISBE.— ¡Digueu-me pare!

FRARE.— ¡La vostra cambra està llesta! Podeu retirar-vos quan vulgueu!

BISBE.— ¡Anem pare, acompanyeu-me!

(Ixen.)

ESCENA III

(Se senten veus i soroll de cavalls. Entren en la tenda els cavallers Galleran de Pinós, Bernat de Vilanova, Bernat Arnau i Eixemén d'Urrea. També entren Na Constança i Na Blanca, aquesta porta la túnica del rei.)

BLANCA.— *(Nerviosa.)* ¡Ja arriba, ja arriba...!

BERNAT.— ¡Galleran! ¿Com ha anat el viatge?

GALLERAN.— ¡Excel·lent! Però molt fred. Aquesta campanya de Múrcia —per ara— està donant un bon resultat perquè no hi ha hagut problemes. El senyor Rei està mostrant una impressionant personalitat i una gran maduresa, a més coneix la forma de ser dels sarraïns i açò li dóna un gran prestigi entre ells.

CONSTANÇA.— ¡Beveu i reconforteu-vos cavallers, que aquest fred gela la sang!

BERNAT DE VILANOVA.— Durant el viatge el nostre senyor rei En Jaume em comentava que després de la rendició de Villena esperava que aquí a Petrer i a Elda també succeïra igual.

BERNAT.— Heu de saber que els soldats s'impacienten per entrar en combat.

EIXEMÉN.— Els soldats esperen entrar en guerra per a després repartir-se el botí que els corresponga.

GALLERAN.— És lògic, Eixemén. Ells ignoren l'abast de la nostra empresa en aquestes terres. Entrar a l'assalt és el que desitgen, ja que del saqueig, n'obtenen majors beneficis.

ARTAL.— Per açò ningú ha d'oblidar que ací estem per a recobrar els castells i restituir-los al rei Alfons, res del que conquistem ara ens pertanyerà. No hem vingut a

rapinyar sinó a restituir, i el nostre rei En Jaume sempre ha sigut fidel a la paraula donada.

EIXEMÉN.— I als soldats se'ls paga perquè obeïsquen les nostres ordres.

CONSTANÇA.— Si la infanta Na Violant no s'haguera casat amb el rei Alfons segur que hui no estaríem ací. Li va costar molt convèncer son pare, el rei En Jaume, perquè auxiliara el seu espós, el rei Alfons.

BLANCA.— ¡I és que... el que no aconseguisca una dona enamorada!

BERNAT DE VILANOVA.— Quan el rei En Jaume va decidir ajudar el seu gendre, molts dels cavallers de la cort s'hi van negar perquè no veien cap benefici en aquesta campanya. Gràcies a l'ajuda de Terol i als préstecs d'alguns jueus i rics prohoms de València es va poder finançar aquesta expedició.

EIXEMÉN.— Si per la ineptitud de Jofre de Loaisa i els seus cavallers no van saber guanyar l'estima dels sarraïns d'aquesta terra, el rei Alfons hauria d'haver-los obligat a abandonar la faena i enviar nous mandatariis.

GALLERAN.— El rei En Jaume i la noblesa estaven dolguts amb el rei Alfons, perquè va ser un neci quan va maquinat amb el sarraí al-Azraq la conquesta dels nostres castells.

BERNAT DE VILANOVA.— Per això no es va atrevir a parlar amb ell i va utilitzar la seua dona per a demanar-li perdó i ajuda. Jo vaig ser emissari de Na Violant per a parlar amb son pare. L'any passat, durant la Quaresma, el rei En Jaume es trobava en el monestir de Sixenna. Quan li vaig exposar el missatge angoixant del rei Alfons, vaig advertir al rei que seria un error ajudar-lo després de les aliances fetes amb el sarraí al-Azraq, i que la cort ens giraria l'esquena, cosa que va passar. I

¿sabeu què em va contestar? —Bernat, heu d'entendre que ajudar el rei Alfons contra els sarraïns és ajudar-nos a nosaltres.

GALLERAN.— ¡Ben és cert que les seues intencions anaven més enllà de la reconquesta de castells!

ESCENA IV

(Entren dos soldats i anuncien la presència del rei.)

SOLDAT.— ¡Atenció, cavallers, el rei!

(Entra el rei amb solemnitat i els dos soldats es queden en la porta de la tenda. Na Constança i Na Blanca l'ajuden a desvestir-se i posar-se la túnica blanca. Els cavallers fan una lleu reverència. Després de seure en el setial reial, el rei es dirigeix als presents.)

EL REI.— ¡I bé cavallers, ¿què hi ha de nou?

(Na Blanca emocionada li serveix un pitxer de ví i en donar-li'l tots dos es queden mirant-se un instant.)

BERNAT.— ¡Senyor, tot s'ha disposat tal i com vau ordenar! Els negociadors han complit favorablement el treball, ja que els musulmans d'Elda esperen ser rebuts per vós. El jueu N'Astruc va partir cap a Petrer i esperem impacientment el seu retorn.

EL REI.— ¡Bé, cavaller Bernat! Aviseu els sarraïns.

BERNAT.— ¡Guàrdies, porteu els sarraïns davant del rei!

(Ixen els guàrdies en busca dels sarraïns. Blanca s'apropa al rei i li ofereix més ví.)

BLANCA.— Senyor, tinc el presentiment que dies de glòria novament il·luminaran l'or de la vostra corona. En aquesta campanya pel regne de Múrcia convenceu més que venceu, i açò evita que es vesse més sang i que els plors i la mort s'ensenyorisquen amargament per on vós passeu. Desitge que la vostra saviesa tinga més força que el colp terrible de la vostra espasa.

EL REI.— Heu de saber, senyora que eixa gràcia no s'obté fàcilment, sinó que es deposita, després del pas dels anys, en el fons de l'esperit dels hòmens prudents. De la vida vaig aprendre les lliçons millors. En aquests

temps turbulents, encara que desitgem la pau, la nostra missió ens obliga a viure en estat de guerra permanent. Les circumstàncies ens imposen...

SOLDAT.— ¡Majestat, els sarraïns!

(Deixa de parlar quan entren els soldats i els musulmans. Els guàrdies es queden en la porta mentre els sarraïns fan una reverència davant del rei, Na Blanca en veure'ls entrar s'allunya ràpidament del rei.)

SARRAÍ 1r.— ¡Majestat! En nom dels musulmans d'Elda vos desitgem la major felicitat i benaventurança.

EL REI.— *(Amb rudesia.)* ¡Molt bé, missatgers! Vos agraïsc els desitjos i vos oferisc els meus, però no retardem més l'assumpte que ens convoca. Vos oferisc la pau a canvi de la rendició i del restabliment dels pactes amb Castella. Però si rebutgeu l'oferta, heu de saber, insensats, que els meus exèrcits esperen impacients el moment d'entrar a mata-degolla i arrasar les vostres vides i propietats. Açò és tot el que havia de dir-vos. ¡Contesteu!

SARRAÍ 1r.— ¡Senyor! Durant tota la vida hem treballat durament per aconseguir els béns que tenim. No desitgem més del que Al.là misericordiós ens concedisca. Solament demanem la pau i poder tornar a viure amb les nostres conviccions, i com que ens garantiu el benestar, solament vos supliquem que ens faciliteu sentinelles per a guardar les hortes i que els vostres soldats queden apartats del nostre poble. Així, acceptem la vostra voluntat i de nou el vassallatge de don Manuel.

EL REI.— ¡Molt bé, m'alegra la vostra disposició. *(El rei es posa dret.)* Retireu-vos i signeu la capitulació amb els meus nobles cavallers. La meua paraula serà garantia i la segellaré amb l'escut i l'honor del rei.

*(Ixen els dos musulmans i amb ells els cavallers
Galleran i Bernat de Vilanova amb el document).*

EL REI.— ¡Cavallers, deixeu-me reposar!

*(Ixen lentament tots i fan la reverència. Na Blanca ha
passat la cortina de la finestra i a través de la fines-
tra apareix la majestuosa muntanya del Sit. Na Blan-
ca es disposa a eixir l'última i el rei la crida.)*

ESCENA V

EL REI.— ¡Blanca, espereu un moment!

BLANCA.— ¡Senyor, a la vostra disposició!

EL REI.— Aproveu-vos i digueu-me: ¿Per què heu estat tan inquieta mentre he parlat amb els musulmans?

BLANCA.— Senyor, no tinc cap dret de parlar-vos, però com que m'ho demaneu, així ho faré. ¿No vos sembla que heu estat molt rude amb els emissaris d'Elda?

EL REI.— Efectivament senyora. Tot ha anat com havia calculat. Si el dubte haguera impregnat les meues parau-les, tal vegada haguera ocorregut el que volia evitar.

BLANCA.— ¿Què era, senyor?

EL REI.— ¡La guerra! Entrar en ordre de batalla i produir una carnisseria. No són els exèrcits reials els qui han de lluitar en aquest regne de Múrcia, sinó les hosts de Castella, com a amos i senyors d'aquestes terres. Però si el meu honor de guerrer s'haguera vist compromés et garantisc que, a pesar de tot, l'hauria deixat ben alt.

BLANCA.— ¡Senyor! Sempre em sorpreneu amb els vostres pensaments. No feu cas dels meus judicis innocents i, per favor, perdoneu-me.

EL REI.— (*Amb tendresa.*) ¡Blanca, quan envermelliu encara sou més bella, i feu que dintre meu brolle una nova força. ¡Que bonica sou!

BLANCA.— ¡Senyor! El que ara vos diré no ho prengueu com una adulació ni per esperar un favor, és la veritat d'allò que sent i em costa molt de confesar-vos-ho. Jo vos admire en gran mesura. Quan estic amb vós, també s'il·lumina la meua ànima, i no tinc por de res..., ni tampoc desitge res més... Em doneu vigor, força, alegria i passió per a...

EL REI.— ¡Calleu, per Déu...! Sempre he cregut que estàveu enamorada d'Eixemén d'Urrea...

BLANCA.— Eixemén és com un germà per a mi. Ens comprenem mútuament i sabem el que volem. Però els meus somnis i anhels no estan amb ell, sinó amb vós. Sou el turment de les meues hores desesperades i el príncep de la meua pau...

EL REI.— No oblideu que ja no sóc jove. He viscut massa i durament, creeu-me que ja em sent cansat.

BLANCA.— ¡No vos queixeu massa! Perquè sou un home afortunat. Heu aconseguit l'afecte dels súbdits i l'amor de totes les dones que heu desitjat. ¿Què més li podeu demanar a la vida?

EL REI.— Sí, és cert, encara que no siga tot com es diu. Qualsevol dia vos contaré...

BLANCA.— ¿Què, senyor?

EL REI.— ¡Ja ho sabreu...!

(Blanca s'apropa i intenta acariciar el rei.)

EL REI.— ¡No, Blanca, no és ara el moment! ¡Per Déu, retireu-vos! Tingueu pietat de mi.

(Na Blanca ix corrent. El rei s'apropa a l'altar disposat per a la celebració).

EL REI.— ¡Senyor, ajudeu-me a contenir aquest foc que m'abrassa! En la infantesa em van ensenyar els manaments de la religió cristiana i a creure amb fe inquebrantable. Vaig aprendre a ser un dirigent del poble i un servidor de l'Església. Vaig ser company de la lleialtat i de la fidelitat a la paraula donada. La meua passió és la força i la debilitat davant vós. No em jutgeu com a rei, perquè a tu acudisc suplicant com a home. Solament vós, senyor, podeu rebutjar qualsevol temptació. Senyor, perdoneu-me, però m'és impossible viure

guardant continència. Necessite amar per a poder seguir vivint. ¡Apiadeu-vos de mi, solament sóc un ser humà!

(El rei s'agenolla davant l'altar amb els braços en creu.)

TELÓ

SEGON ACTE

ESCENA I

(Interior de la tenda reial, entren Bernat i Galleran.)

BERNAT.— ¡Bé, Galleran! Es demostra que els sarraïns no poden prosperar sense l'ajuda exterior, i que el rei Alfons no pot recuperar els castells sense la nostra ajuda.

GALLERAN.— ¡Efectivament, Bernat! Hem de felicitar-nos pel resultat del bloqueig de la costa de la mar Mediterrània, al mateix temps que les naus ens serveixen puntualment les provisions. La col.laboració dels nostres mariners catalans en les naus castellanques evita que s'apropen les naus sarraïnes que procedeixen del nord d'Àfrica per auxiliar els insurreccionats.

BERNAT.— Ha sigut un èxit, perquè hem capturat diverses naus en tot el litoral de Múrcia.

(Entra en escena el bisbe.)

BISBE.— ¡Cavallers! ¿I el senyor rei, encara descansa?

GALLERAN.— S'aproxima el moment d'una nova negociació. Possiblement el rei estarà calculant l'estratègia, ja que la vida de Jofre de Loaisa podria córrer perill i tots sabem l'estima del rei per ell.

BISBE.— El jueu N'Astruc i els negociadors arribaran en qualsevol moment. Hem de preparar-nos.

BERNAT.— *(Mira a través de la porta.)* Efectivament, ara arriben. Sembla que vénen acompanyats per dos sarraïns.

(Entra en escena el jueu.)

GALLERAN.— ¡N' Astruc, temíem per la vostra vida! Passava el temps i la nostra preocupació augmentava. ¿Com ha anat el primer contacte amb els sarraïns de Petrer?

JUEU.— ¡Difícil, molt difícil! Perdoneu però necessite beure. *(Es dirigeix a la taula i se serveix un got de vi.)* L'entrevista amb l'alcaid del castell ha sigut esgotadora. Espere que després de tot puguem traure profit i s'acabe amb una bona negociació.

BISBE.— ¡N' Astruc, N' Astruc! No hi ha persona al món que et supere en l'habilitat de persuadir. Eres un gran diplomàtic.

JUEU.— Res del que he fet haurà servit si no s'arriba a un enteniment amb el rei.

BERNAT.— ¡Prompte ho sabrem! ¿Quins emissaris t'han acompanyat?

JUEU.— Han vingut amb mi dos sarraïns vells, els més savis de la comunitat. Ells han cregut en les meues paraules quan els he parlat de la tolerància i la justícia del nostre rei, però l'alcaid no s'ha fiat, desconfia profundament de Jofre i dels seus soldats.

GALLERAN.— ¡Cavallers alerta, arriba el senyor rei!

(Entra el rei custodiat pels dos soldats que es queden en la porta. Tots fan la reverència. Galleran i Bernat van a la taula i revisen documents.)

EL REI.— Digueu-nos N' Astruc, ¿Com està Jofre?

JUEU.— Majestat, Jofre està retingut en el castell. M'han assegurat que es troba bé. He pogut parlar amb l'alcaid i li he expressat el vostre desig. Després he hagut d'esperar, perquè s'ha reunit tota la comunitat en

secret, després m'han comunicat que m'acompanyarien dos d'ells, que ara esperen ser rebuts per vós.

EL REI.— ¡Ordeneu que passen!

(El jueu parla amb els soldats, a continuació ells ixen. Bernat s'alça i dona al rei uns documents, li fa algunes indicacions, i per això sa majestat quasi no presta atenció a la resta de la conversació.)

GALLERAN.— *(Es dirigeix al rei que no li presta massa atenció.)* N'Astruc ens comentava que l'alcaid del castell és molt reticent i no s'acovardeix fàcilment.

JUEU.— ¡Sí! L'alcaid és un home aferrat a la terra i a la gent, i no està disposat a tolerar més humiliacions. No es fia de les promeses de Castella i està disposat a tot, si no s'arriba a un tracte just.

GALLERAN.— Jofre i els seus homes no van aconseguir guanyar-se l'afecte dels sarraïns i açò va ser la seua perdició.

JUEU.— Nosaltres els jueus quan estàvem sotmesos a la dominació dels musulmans ens vam felicitar per la tolerància que ens van permetre. I els musulmans van aconseguir que, des dels primers dies de la conquesta, alguns foren uns valuosos col.laboradors, que es van convertir a l'Islam. Ben és cert que els àrabs van saber apreciar millor que alguns cristians els avantatges d'estar sotmesos a ells.

GALLERAN.— ¡Per Déu, N'Astruc! També els cristians hem sigut condescendents amb vosaltres. Vós en sou el millor exemple.

BISBE.— Vau cometre la major ofensa que es pot fer a la nostra religió, perquè l'escarni d'una creu implica la mort en la forca. En canvi, el nostre senyor rei vos va perdonar i encara més, vos va nomenar el seu emissari personal.

JUEU.— ¡Mai li agrairé prou al nostre senyor el perdó!

ESCENA II

(Entren els soldats que acompanyen els sarraïns. N'Astruc es dirigeix cap a ells i els mussita unes paraules, a continuació van cap al rei.)

SARRAÍ 1r.— ¡Al.là vos guarde, majestat!

EL REI.— ¡Benvinguts al meu campament! Confie que després de saber quines són les meus intencions optareu per cedir en la vostra resistència.

SARRAÍ 1r.— Majestat, en nom del Senyor, permeteu-nos ser fidels a la terra i la comunitat. Per això, no seríem ni fidels al Profeta ni tampoc de bon llinatge si no defensàrem aquesta terra amb la sang, si fóra necessari. Però com estimem la pau i creem en la justícia vos supliquem que escolteu la nostra ambaixada

EL REI.— ¡Parleu, vos escolte amb atenció!

SARRAÍ 1r.— Sabeu que els almohades que ens van sotmetre a la protecció del rei de Castella perquè crèiem fermament que seria pitjor si érem vassalls del rei de Granada; i per tant, vam pagar tots els tributs i requisits que es van acordar en els pactes. Però heus ací que el rei Alfons va delegar en Jofre de Loaisa, i la protecció que havíem de rebre al poc de temps es va convertir en tirania i en humiliació. I farts de suportar vileses, quan el moment va ser el propici ens vam insurreccionar i vam tindre èxit i vam tornar a regir-nos per nosaltres sota l'empara de les lleis justes, i vam agrair a Al.là aquesta nova benedicció del cel. Però vós ara voleu de nou la submissió a Jofre i els seus esbirros. ¡Permeteu-nos que ens neguem a tal resolució!

SARRAÍ 2n.— Senyor, si coneguéreu Jofre de Loaisa no ens faríeu aquesta proposició.

EL REI.— Vos equivoqueu, ancià, i no vos sorprengueu ni tampoc dubteu del que diré. Abans que el rei Alfons concedira a Jofre l'heretat de Petrer amb la vila i el castell, aquest va estar al servei de la meua corona, i va ser tutor de la meua filla Na Violant. Però quan ella es va casar amb el rei Alfons, Jofre va continuar al seu servei i per tant també a les ordres del rei de Castella. Així doncs, ¿què podrieu dir-me, que jo ignore, de l'home a qui vaig confiar ma filla?

SARRAÍ 2n.— ¡Majestat, a pesar d'això, Jofre, pel càrrec que ostentava, va ser responsable directe del que va passar!

EL REI.— ¡I les circumstàncies de les insurreccions d'altres pobles! ¡I les pressions del rei Alfons sobre ell! Tot va poder incidir sobre la seua extrema actitud.

SARRAÍ 1r.— ¡Sí! Però és sinònim de vilesa exercir la tirania i l'abús per a tancar la boca a gentes innocents amb la finalitat d'evitar la insurrecció. Així i tot, amb la seua actitud, la va provocar. Però no passeu ànsia per ell, perquè no li hem fet gens de mal.

EL REI.— Venerables, la presència del rei obeeix a la necessitat de restablir la pau, de retornar la vila al rei Alfons, i no pararé fins a aconseguir-ho, siga quin siga el preu. Però si accediu pacíficament a sotmetre-vos a nosaltres, Jofre jurarà l'acompliment dels pactes que vau establir amb el rei Alfons, i de nou seran respectats els drets i les llibertats vostres. En el nou tractat comprometo el meu honor. Pel contrari, per més fort que siga el vostre alcaid i l'exèrcit, vos jure que el poble de Petrer serà arrasat pels meus soldats i sobre vosaltres recauran les llàgrimes i la sang vessada, i aleshores serà inútil demanar-me el perdó.

SARRAÍ 2n.— ¡Heu de saber que el nostre poble també té orgull i honor, i fe indestructible en Al.là, que ens

auxiliarà mentre tinguem alè per lluitar! El nostre alcaid també està disposat, junt amb tota la comunitat, a mantenir la nostra llibertat...

SARRAÍ 1r.— ¡Majestat! Sabeu per la vostra condició de rei que un poble sense dignitat no és res, i que un poble mai s'ha de comportar igual que quan els bous dobleguen tranquil·lament el front davant del botxí. La dignitat no ens permetrà morir com a velles espantades, sobretot quan la raó ens assisteix i els fets clamen al cel, perquè heu de saber que després de pagar els tributs de les collites, quasi no ens quedava res per a poder sobreviure.

EL REI.— (*Es planta enèrgicament.*) ¡Per Déu nostre senyor, calleu!, que oblidaré que sou dos vells. La meua proposta ja la sabeu i mantinc la paraula donada. Ja he dit que Jofre i els seus soldats respectaran el nou pacte i d'això repondran davant el pes de la corona. Aneu-vos-en i mediteu sobre el que vos he dit amb el vostre alcaid i la comunitat musulmana. Digueu-los que tot el que s'ha promés s'ha fet sota paraula de rei i no hi ha persona al món que dubte del rei En Jaume d'Aragó.

SARRAÍ 1r.— (*Humilment.*) En nom de Déu, perdoneu-nos senyor si ens hem excedit en el parlament de l'ambaixada. No hem pogut evitar que la còlera ens cegara.

SARRAÍ 2n.— Majestat, sabeu que coneixem la vostra fama d'home just i tolerant.

SARRAÍ 1r.— Disculpeu-nos-en i permeteu-nos que tornem davant vostre al capvespre per a comunicar-vos l'última decisió.

EL REI.— ¡Molt bé, que Déu vos acompanye!

SARRAÍ 1r.— ¡Majestat, Al.là vos guardi!

(*Fan una reverència i ixen acompanyats pel jueu.*)

GALLERAN.— ¡Senyor, hem estat a punt...!

EL REI.— Tranquil·litzeu-vos i digueu-me si heu trobat algun inconvenient revisant els pactes.

GALLERAN.— Queda ben clar la quantitat d'almodins d'or que hauran de pagar cada any, més els caps de bestiar de cabres, de borrechs, ovelles i mardans. També s'especifica clarament que es respectaran les possessions i la pràctica de la religió i dels costums. També diu el document que els sarraïns seran jutjats per ells mateixos segons els costums del miramamolí.

EL REI.— ¡Bé! Disposeu-ho tot per a quan tornen els sarraïns. Queda ben clar que jo En Jaume, rei d'Aragó, rei de les Mallorques, rei de València, comte de Barcelona i Urgell, restablisc els pactes de la comunitat sarraïna de Petrer amb el rei de Castella i Múrcia, Alfons.

BERNAT.— ¡Tot estarà previst, senyor!

(Ixen Galleran i Bernat.)

BISBE.— Sembla que confieu massa. Esteu segurs que la determinació dels sarraïns serà la rendició. ¿Potser no són suficients per a vós les mostres d'arrogància? ¿I els parlaments, no han estat plens d'indignació i de còlera?

REI.— Bisbe Arnau de Gorb. Si l'alcaid tinguera alguna possibilitat de retenir la vila, ell mateix hauria vingut a enfrontar-se amb mi. El fet que l'ambaixada s'haja fet pels dos vells més savis, manifesta que l'alcaid és molt prudent; ja que sap molt bé que podrà obtenir més benefici negociant que enfrontant-se en guerra amb mi, perquè sap, també, que els sarraïns de Villena, Saix i Elda ja han tornat al domini de Castella, i acabarien molt malament si oferiren resistència real, perquè, com hauran pogut comprovar els vells, la superioritat és nostra.

BISBE.— Heu de comptar que l'alcaid en un atac de supèrbia podria oferir resistència, i la vida de Jofre perillaria.

REI.— No ho crec, ja que si ha enviat els dos vells és per prudència i no ha volgut irritar-me amb la seua presència altiva. Queda clar que li interessa restaurar els pactes amb les millors garanties. De tota manera, obrarem amb cautela.

(Ix el bisbe.)

ESCENA III

(Entren Constança, Blanca i Eixemén.)

CONSTANÇA.— Descanseeu, senyor. Lliure-vos de tantes fatigues. Reposeu un poc que la vostra salut ho agrairà.

BLANCA.— *(Es dirigeix al rei amb un got de vi.)* Beveu i alegreu-vos-en senyor. Assaboriu el vi, perquè diuen que una vida sense plaers és com un camí sense posada. *(Es dirigeix cap a la finestra de la tenda i contempla la serra del Sit il·luminada per les llums del sol ponent.)* Senyor contempleu aquest paisatge. Mireu eixa muntanya immensa que s'alça altiva cap al cel. Sembla que les estrelles estiguen suspeses damunt de la serra... És com un cant triomfal a aquesta terra forta i lluminosa. Fixeu-vos com el capvespre la plena de llum.

(El rei se li aproxima i li parla fluixet.)

EL REI.— ¡També la teua ànima irràdia bellesa...! Vós palpitau d'emoció davant eixa muntanya, però la muntanya no es commou davant la gràcia del vostre encant. Vós sabeu de l'univers dels sentiments i que en el cant de la vida les notes són de dolor i de goig.

BLANCA.— ¡La vida és la cosa més bella de tota la creació...!

EIXEMÉN.— ¡Escolteu amb atenció aquestos versos...!

“El Sit és d'or vell a la vesprada
quan l'adéu del sol és una foguera,
que atia un teixit de presagis.
La serra s'empavona
del bronze de la nit, en la mesura
que el sol fuig cap al ponent de les ombres.
Aleshores els rocams,
plorant estels,

però solemnes, eleven els silencis...
Però en arribar l'aurora
el sol des de la mar l'enjoia i el besa,
¡Que bonic el Sit després aflora
esguellant les boires de la nit,
fluïnt cap al blau des de les ombres...!"

CONSTANÇA.— ¡Ja vos ho deia, Eixemén, teniu més vocació de poeta que de guerrer!

EIXEMÉN.— Si aquestos versos foren meus, podríeu assegurar que no seria cavaller armat.

BLANCA.— ¿I de qui són, Eixemén?

EIXEMÉN.— Heu de saber que els musulmans són molt aficionats a la poesia. Aquesta veprada he eixit fora del campament amb el propòsit de fer un passeig, perquè vaig veure que no hi havia perill. Pel camí vaig trobar un vell que pasturava les ovelles i conversant em va recitar aquestos versos. Em va dir que són els versos de l'esperit d'un àngel pur enamorat de la muntanya, que vaga entre les flors i els ocells, i espera el moment en què Déu li preste un cos, per així poder entremesclar-se amb els hòmens...

CONSTANÇA.— Si és així, feliç siga qui trobe en cos i ànima a eix àngel poeta.

(Ixen Constança i Blanca.)

ESCENA IV

(Entren Artal de Lluna, el bisbe i el jueu.)

ARTAL.— Majestat, els negociadors ja han eixit cap a Montfort.

EL REI.— Molt bé! Disposeu-vos a preparar el consell de guerra que farem a Alacant.

ARTAL.— Ens han confirmat que els vostres fills es troben a Alacant, junt amb els cavallers aragonesos i castellans que s'incorporen al vostre comandament.

EL REI.— ¡Cavaller Artal! Ja sabeu la intenció i el propòsit de fer aquest consell. Redacteu la llei perquè ningú al·legue engany. Vull que s'especifique d'una manera clara la prohibició d'usar les armes sense el permís del rei; perquè he d'evitar que ningú use el poder de les armes per a cometre actes propis de bandidatge escudant-se en la corona i usant el meu nom en profit propi. A Alacant descansarem i prepararem l'ocupació d'Elx, que és l'única plaça important fins a Oriola, i d'allí partirem cap a Múrcia. ¡Un nou triomf per a la cristiandat està a punt de complir-se!

ARTAL.— Senyor, sabeu...

BISBE.— ¡Artal!

ARTAL.— ¡Bé, senyor! Com vós ho ordeneu.

EL REI.— ¡Eixemén, acompanyeu-me, vull parlar amb vós!

(Ixen els dos. Els soldats segueixen el rei.)

JUEU.— ¡Il·lustríssima! Quin bon senyor ens ha tocat servir.

BISBE.— Efectivament, N'Astruc. El rei En Jaume serà recordat igual que els grans reis que van estar al servei de Déu. ¡El rei David i el rei Salomó van ser els seus antecessors! Si coneguèreu l'afany que té el nos-

tre rei d'anar a Jerusalem per a postrar-se davant del Sant Sepulcre...

JUEU.— És un rei ple de virtuts. Si no fóra per la seua debilitat...

BISBE.— ¡Sí, amic N'Astruc! Si no fóra per la seua debilitat...

(Ixen els dos i l'escenari queda a fosques.)

ESCENA V

(S'encén el llum de l'escenari. Bernat, Galleran i Artal estudien els documents i escriuen. Entren els dos soldats i el rei darrere seguit d'Eixemén.)

SOLDAT.— ¡El rei En Jaume!

(Tots s'alcen, mentre el rei camina cap al setial reial.)

EL REI.— Cavallers, ¿quines novetats hi ha?

GALLERAN.— Senyor, ja hem redactat tota la documentació sobre la capitulació de Petrer.

(Entra el jueu.)

JUEU.— Majestat, acaben d'arribar els dos sarraïns i sol·liciten audiència.

EL REI.— ¡Així siga!

(Ix el jueu i torna amb els dos vells.)

SARRAÍ 1r.— ¡Senyor! En el nom de Déu, és cert que hem valorat la vostra proposta i certament no ens agrada haver-nos de sotmetre de nou al regne de Castella, per açò l'alcaid vos proposa una nova petició.

EL REI.— ¡Digueu prompte!

SARRAÍ 1r.— La proposta és que sigueu vós, i no el rei de Castella, qui es quede amb el castell i la vila, ja que no trobaríem res millor que estar al servici de la vostra corona.

EL REI.— Açò sabeu que és impossible, encara que la vostra actitud vos honra i m'ennobleix. Disposat està que tornareu a ser vassalls del rei Alfons, perquè no estaria bé que jo em quedara els castells que corresponen al rei Alfons o als mandataris. Vos agraiisc de tot cor la intenció, però compreneu que no puc consentir la vostra petició.

SARRAÍ 2n.— ¡Majestat! Com ho desitgeu... farem segons ens maneu. Disposeu-vos a prendre la plaça.

EL REI.— Demà a l'eixida del sol aniré al davant dels cavallers i faré que els hòmens de Jofre pugen l'enssenya reial a la torre més alta de la fortalesa. ¡Cavallers, apropieu el document!

(Tots s'aproximen al rei amb els documents. Els sarraïns signen i a continuació el rei també ho fa.)

EL REI.— ¡I, ara, marxeu i comuniquen a tot el poble que hem firmat la pau!

(Els sarraïns s'inclinen davant el rei i ixen acompanyats pel jueu.)

BERNAT.— ¿Senyor, considereu suficient la firma dels sarraïns? Penseu que l'alcaid i la comunitat musulmana vos prefereix com a rei abans que ser vassalls de nou del rei Alfons i de Jofre de Loaisa.

EL REI.— ¡Bernat, has dit bé! Per això demà, després de la missa, l'exèrcit entrarà a Petrer i consumarà la rendició per a major seguretat. I ara retirem-nos a descansar, perquè ja quasi s'ha fet fosc.

(Ixentots lentament, la tenda es queda buida i la llum s'apaga lentament mentre s'escolta el so del vent gelat.)

ESCENA VI

(Dins del dormitori del rei flameja una torxa, com a única llum. Per la finestra de l'habitació es veu la serra del Sit il·luminada per la lluna. El rei En Jaume es troba al costat del llit i mira les estrelles.)

EL REI.— *(Veu en off.)* De nou em trobe a soles amb mi mateix. Els cavallers descansen i somnien com aconseguir més riqueses. En aquests moments de profunda intimitat, em trobe cansat i note que la vida se m'escapa. He lluitat afanyosament per aconseguir sempre els meus propòsits i l'èxit m'ha acompanyat; però, a pesar d'açò, no em trobe satisfet i tota la grandesa es difumina quan em trobe sol. L'or de la corona és una càrrega molt pesada.

(Una ombra apareix per un costat de l'habitació. El rei l'observa i es gira ràpidament.)

BLANCA.— ¿Conteu els somnis a les estrelles? ¡Fixeu-vos, la lluna està encesa com si anara a morir!

EL REI.— ¿Què feu ací? ¿Com heu pogut burlar la guàrdia?

BLANCA.— M'han reconegut i he entrat sense que ningú no em veiera.

EL REI.— ¿Què voleu de mi?

BLANCA.— Res. Simplement volia continuar parlant amb vós a soles, sense qu ningú no ens escolte.

EL REI.— Oblida't de tot. Estic fatigat i potser demà podria trobar-me alguna sorpresa.

BLANCA.— Però els sarraïns han firmat la capitulació...

EL REI.— ¡Sí! Però són valents i obstinats... i la nit és mala consellera.

BLANCA.— ¡Calleu! No parreu d'altra cosa que dels sarraïns. Demà una nova victòria se cenyirà sobre el

vostre ceptre, i vos omplirà d'honor i de glòria. ¡Sou molt afortunat! Heu sabut obtenir de la vida tot el que podíeu desitjar: fortuna, pretigi... i amor. El major regal que la vida atorga als sers afortunats. Ja no vos queda res més a desitjar d'aquest món.

EL REI.— (*Pensatiu.*) Tal vegada la tranquil·litat d'esperit, la pau... De xiquet vaig patir les conseqüències del desamor dels meus pares. Vaig ser un xiquet trist, apartat de l'amor de ma mare quan només tenia tres anys, i mai més no vaig tornar a veure-la. El meu naixement va ser calculat fredament pensant únicament en la successió al tron de mon pare. ¡Eren els interessos de la corona! Mon pare va ser enganyat quan anava al llit d'amor; ell va creure que dormia amb una dama per qui se sentia atret. A vegades pense que el fet d'haver-me apartat de ma mare quan era tan menut em va marcar per a sempre, perquè durant la meua vida he viscut fascinat per les dones.

BLANCA.— Van ser moltes les dones, ¿veritat?

EL REI.— Blanca... sou massa curiosa.

BLANCA.— Perdoneu senyor si sóc indiscreta, però em muir per saber-ho tot de vós.

EL REI.— ¡Sí! Moltes dames, no en sabia dir-te quantes. Però he de confessar que solament vaig ser feliç amb Na Violant d'Hongria, la meua segona esposa, fins que va morir. Després vaig trobar-me perdut i sense parar de buscar l'amor que m'ajudara a retrobar la perduda harmonia.

BLANCA.— Jo pensava que éreu feliç.

EL REI.— Ja veeu que no és tot com es conta. A pesar que diuen que l'amor ha sigut la passió dominant en la meua vida, també em sent desgraciat.

BLANCA.— ¿Què vos va captivar d'elles?

EL REI.— Certament cadascuna em va atraure per un motiu diferent. Joventut, bondat, intel·ligència, bellesa, tendresa, passió... cadascuna d'elles posseïa alguna d'aquestes qualitats; però solament Na Violant va saber retenir-me al seu costat completament enamorat. I ara amb Teresa Gil ¡ja sabeu...! la lepra està acabant amb ella i jo de nou estic submergit en la mar de la infelicitat. ¡Déu meu! ¿Per què som tan dèbils per a suportar-nos a nosaltres mateixos?

BLANCA.— ¡Per favor...! No parreu d'eixa manera... Que patisc per vós. Sabeu com vos aprecie i crec que també vos estime, encara que sé que mai podré aspirar a estar sempre amb vós. Però no vull pensar-ho, solament desitge que la felicitat d'aquesta nit no s'acabe mai.

EL REI.— ¡Blanca... m'atordiu! Posseïu l'encant de la tendresa i les vostre paraules m'omplin de goig i de serenitat.

BLANCA.— ¡Senyor...! No penseu en res i procureu viure també dels dolços moments que la vida ens ofereix... perquè tots dos estem ferits d'amor...

(S'abracen amb desig i el llum s'apaga lentament.)

ESCENA VII

(Ja ha eixit el sol, és el dia 19 de novembre, en la tenda reial estan tots els personatges agenollats, perquè el bisbe i el frare estan dient missa. Entre ells estan els hòmens de Jofre de Loaisa. Després d'alçar a Déu, el bisbe pronuncia les paraules finals.)

BISBE.— ¡En el nom del Pare, i del Fill i de l'Esperit Sant!

TOTS.— *(Responen.)* ¡Amén!

(Se senyen i s'alcen.)

BISBE.— Abans d'acabar l'ofici, com és costum, vull de nou exhortar-vos —en començar aquest dia que Déu totpoderós ens permet de viure— a que siguem fidels a la fe cristiana i incansables en la lluita per la cristianització dels infidels. Sabeu que obtindreu la glòria emparats per aquestos grans ideals tots els que moriu en el camp de batalla, perquè el nostre Senyor recompensa els qui moren per la fe cristiana. Donem gràcies a Déu per tot.

EL REI.— ¡Cavallers! De nou partim a ocupar una nova plaça forta. Estigueu alerta per a no ser sorpresos. Avui tenim amb nosaltres els hòmens de Jofre de Loaisa, que ens acompanyaran a fer la rendició dels sarraïns de Petrer, i quan Jofre estiga alliberat, li lliurarem les claus de la fortalesa.

RAIMON DE MONTOLIU.— ¡Senyor, estem disposats per a marxar amb vós! ¡Compteu amb les nostres vides i amb la lleialtat de les nostres espases!

EL REI.— ¡Cavallers! Els hòmens d'armes tenim l'obligació de lluitar amb honor, i la nostra lluita ha de transcendir la brutalitat de la guerra. Ara jurarem davant la creu que si guerregem ningú no recularà, llevat dels ferits greus, i es considerarà un traïdor qui així ho faça.

(El rei alça la creu i tots s'agenollen.)

EL REI.— ¿Jureu solemnement sacrificar les vostre vides per la fe i pel vostre rei si arriba l'ocasió?

TOTS.— ¡Jurem!

EL REI.— ¡Hòmens de Jofre! Aproveu-vos. Heu de saber que segons hem disposat avui vos lliurarem la plaça. Vull que els sarraïns tornen a viure en pau i prosperitat. Mai no oblideu que ells són els vostres súbdits i paguen perquè vetlleu per ells, en això consistirà la vostra missió. El poder que rebreu que no es converteix mai més en tirania, per això, actueu amb justícia i recordeu sempre aquestos consells que ara diré: Compliu sempre tot allò que prometèreu; abans de donar paraula, reflexioneu sobre la conveniència, però una vegada donada, mantingueu-la sempre; guanyeu-vos l'estima dels súbdits, perquè els bons governants han de tenir l'afecte i l'agraïment de la gent; compliu i fer complir les vostres ordres; no doneu terres a qui no residisca en elles, doneu-li-les a qui les treballa i en traga profit; no feu justícia d'amagat, sinó feu-la pública, perquè tots vegem la raó del càstic o la gràcia de l'indult, que açò vos crearà el respecte i l'alabança; sabeu que els diners no aprofiten si no són ben guanyats, i teniu present que la injustícia provoca la violència. Açò és tot. Recordeu-ho sempre.

BERNAT.— ¡Majestat! Tot està disposat per a la marxa. Les tropes en formació esperen l'ordre de partida.

EL REI.— ¡Doncs endavant, cavallers! Que el nostre exèrcit es pose en marxa cap a Petrer, i que la glòria del nostre Senyor se cenyisca sobre la corona d'Aragó.

TOTS.— ¡Avant! ¡Visca el rei!

TELÓ

TERCER ACTE

(En el castell amb soldats de guàrdia en la muralla. S'aproxima un missatger a cavall i es dirigeix al sentinella que es troba en el balcó.)

ESCENA I

MISSATGER.— ¡Ah del castell!

SENTINELLA.— ¿Alto, qui hi ha?

MISSATGER.— ¡En nom del meu senyor, el rei En Jaume I el Conqueridor, rei d'Aragó, rei de València i rei de Mallorca, demane la presència immediata de l'alcaid del castell!

SENTINELLA.— No vos impacienteu i espereu un moment.

(Apareix l'alcaid.)

ALCAID.— ¡Digueu, missatger, ¿quin propòsit vos porta a aquest lloc?

MISSATGER.— ¡Ha arribat el dia ple de glòria en què, restaurats els pactes, la fortalesa serà sotmesa; i per a això arriba el meu senyor i els cavallers! Prepareu-vos a rebre el senyor rei amb la dignitat que un monarca mereix.

ALCAID.— ¡Digueu al vostre senyor que ens disposem a capitular!

(Torna el missatger, i al mateix temps el rei En Jaume entra en l'esplanada del castell amb tot el seguici.)

EL REI.— Som ací, davant d'aquesta fortalesa que sembla una gran corona d'or, dominant tota la vall. Vinc a parlar-vos en nom del rei de Castella i de Múrcia, Alfons X, conegut en tots els racons d'Hispania com "el Savi", títol que ha sabut guanyar-se per ser un benefactor de les arts nobles i les lletres, que és cosa principal en els hòmens de reial noblesa, juntament amb la cavallerositat i l'honor.

I és el meu propòsit, que avui —segons el pacte fet anit en el meu campament, amb els vostres emissaris, els dos vells sarraïns i el jueu— deposeu la lluita i m'entregueu Jofre de Loaisa a més de les claus de la fortalesa, per a retornar-li-les al seu legítim amo i senyor, el rei Alfons. I no és un missatger ni tampoc un loquaç ambaixador qui vos ho exigeix, sinó ¡jo!, el rei En Jaume d'Aragó.

Sé que vosaltres, els sarraïns, estimeu aquesta terra entranyable on heu nascut i lluitat, i amb la vostra sang i la vostra suor heu fet fèrtils aquestes terres. Conec l'angoixa i la humiliació a què heu estat sotmesos. I són les lleis de Déu misericordiós les que ensenyen als cristians el do de la caritat i del perdó, a eixes lleis sereu sotmesos amb el restabliment dels pactes entre el rei Alfons i vosaltres.

Si hem arribat a aquesta resolució feliç és perquè, amb l'experiència meua i la cauta saviesa dels dos vells sarraïns i del jueu, ens vam proposar que abans d'agafar les armes haviem d'usar les paraules. I que la força no sempre té la raó, i que no pot haver-hi pau on hi ha injustícia i vexació.

Vullguera ser com un trovador que canta a l'harmonia i a l'amor, i conquerisc castells i viles en to de pau. ¡Però no vos equivoqueu! També la meua ànima s'ompli de còlera en empunyar l'espasa, i els exèrcits reials entenebrixen els dies de terror i de mort allà on passen. Però no patiu, sóc fidel complidor de la paraula reial, i mentre acateu els pactes, es repectaran les

vostres vides i possessions. Vivireu segons la vostra llei i la vostra creença en Al.là, i no sereu menyspreats per l'origen àrab. I pose a Déu Nostre Senyor per testimoni que he dit la veritat. A més no seria digne d'anomenar-me rei si no fóra així. Per tant ¡rendiu-nos ja el castell i allibereu Jofre de Loaisa!

ALCAID.— ¡Majestat! Anit quan el sol es ponía i la llum del dia ja oscil.lava, va brillar resplendent la mitja lluna, com un senyal del cel; perquè s'havia firmat la pau i no la guerra. Les nostres vides i propietats quedaven garantides i, a més, se'ns permetia seguir vivint en aquesta beneïda terra, que si goig ens va donar haver nascut ací, més encara ens alegra que un dia llunyà siga la morada eterna de tots nosaltres i dels nostres descendents.

Molt hem patit pel mal comportament de Jofre i els sus hòmens, tant va ser que ens va obligar a revoltar-nos i fer-lo presoner, perquè la tirania va arribar a límits insostenibles i l'existència dels musulmans es va convertir en un infern. Per açò, amb gran admiració, hem escoltat les paraules del rei En Jaume i ens ompli de felicitat tan complaent resolució. És un dia que quedarà gravat en la història de Petrer, el nostre poble, i aquesta lliçó de convivència serà recordada, segle darrere segle, perquè s'ha evitat una matança feroç. *(Es dirigeix al castell.)* ¡Guàrdies, solteu Jofre de Loaisa!

(Per la porta del castell ixen Jofre i dos guàrdies. Els guàrdies es queden al costat de l'alcaid i Jofre es dirigeix cap on es troba el rei.)

ALCAID.— ¡Senyor! Ja teniu el temible Jofre amb vós, comproveu que no ha patit, perquè mentre ha estat en el nostre poder va ser repectat, cosa que ell no va fer amb nosaltres, perquè, ¡lloat siga Al.là!, mai va ser intenció nostra acudir a la venjança en prendre la plaça.

EL REI.— ¡Jofre de Loaisa, alcaid i senyor d'aquest castell! Pel poder que em confereix sobre vós i els vostres súbdits el rei de Castella, exigisc que jureu públicament el compliment dels pactes que els sarraïns tenen amb el vostre rei Alfons, i vos incite a garantir la pau i la justícia segons els esmentats pactes, advertint-vos que jurar davant el rei En Jaume exigeix l'acompliment dels pactes, perquè si no ¡pobre de vós! Més haguera valgut que el vostre cap haguera rodat per eixes almenes. Si el perdó d'un rei, pel seu immens poder, potser infinitament misericordiós, el seu càstic, per la mateixa raó, podria ser exemplar. Mereixeu la confiança que novament deposita el rei Alfons en vós, perquè la pau perdure. ¡Així doncs, jureu!

JOFRE.— ¡Senyor! Jure davant la vostra augusta majestat que acataré i faré complir els pactes, i la meua autoritat serà exercida amb justícia per al vostre honor i del rei de Castella.

EL REI.— La meua missió en aquestes terres m'exigeix partir per afrontar noves empreses.

ALCAID.— ¡Majestat! Abans de donar-vos les claus de la fortalesa vos repetim que el nostre desig seria que vós fóreu el senyor de la fortalesa de Petrer i no el rei de Castella.

EL REI.— Em complau la vostra intenció, alcaid, però no estaria bé venir a ajudar el rei de Castella i al mateix temps obtenir-ne jo profit.

(L'alcaid s'aproxima al rei En Jaume i porta les claus damunt d'un coixí, l'alcaid s'inclina davant del rei.)

ALCAID.— Amb aquest acte de respecte, vos dones les claus de la fortalesa. Demane a Al.là que us conserve la gràcia i una llarga vida.

(El rei En Jaume agafa les claus i li les dóna a Jofre.)

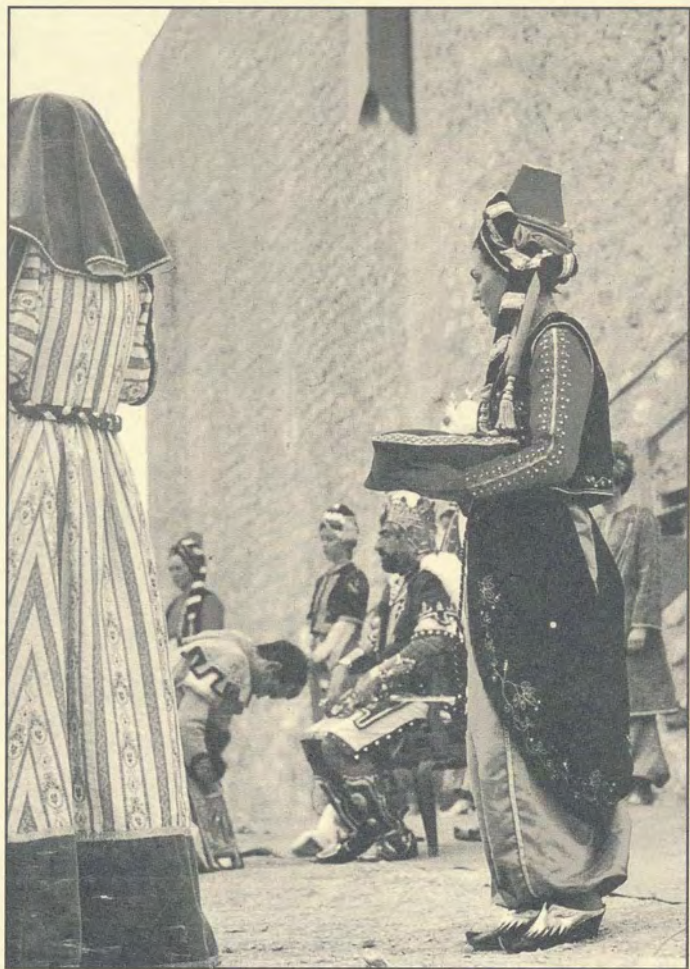
EL REI.— ¡Cavallers, alerta! Que vibren els clarins i ressonen els timbals per tota la vall. Que els heralds cavallen pel poble i comuniquen la felicitat notícia a totes les gents. Perquè ha arribat el precís moment en què la nostra senyera onege dalt la torre de la fortalesa. ¡Afanyeu-vos i amb orgull hisseu el victoriós penó del rei En Jaume als quatre vents! ¡Que siguin testimonis de la grandesa del rei En Jaume les pedres d'aquest castell i el sol, pare dels astres del cel, que ens il·lumina!

(Els hòmens de Jofre de Loaisa entren al castell i hissen el penó reial dalt de la torre de l'homenatge.)

TOTS.— ¡Honor i glòria a Déu i al nostre rei En Jaume! ¡Visca el rei!

Francesc Mániz i Inieta

PRIMERA ESCENIFICACIÓN



Primera escenificación en el castillo. Año 1983.

La escenificación del tercer acto, con unidad y entidad propia, se viene haciendo en la explanada del castillo desde 1983. El reparto de aquella primera representación llevada a cabo el domingo, 20 de noviembre, fue el siguiente:

«La Rendició»

(II parte)

Texto original de Francisco Máñez Iniesta
traducido al valenciano por José Medina Verdú

REPARTO

Jaime I:	Manuel Amat
Alcaide:	Manuel Moll
Mensajero:	Sebastián Tenés
Jofre de Loaisa:	Antonio Joaquín Navarro
Centinela moro:	Juan Miguel Reig
Tamborilero:	Emilio Martínez
Heraldo 1º:	Víctor Vicedo
Heraldo 2º:	Francisco Verdú
Cristianas:	Mensi Romero y M. ^a Teresa Valdés
Musulmanas:	Reme Amat, M. ^a Elisa Alba, Carmen Tere Pla, Irene Ibáñez, Ana Ibáñez, Reme Vicedo, Juli Navarro y Reme Payá
Soldados musulmanes:	Comparsa Moros Nuevos
Soldados cristianos:	Comparsa Vizcaínos
Voz en off:	Miguel Barcala
Ayudante dirección:	Sebastián Tenés
Dirección:	Alejandro Guillén











Primera escenificación en el Teatro Cervantes. Año 1997.

Reparto (por orden de intervención) en el estreno de los dos primeros actos de la obra en el Teatro Municipal Cervantes de Petrer, el sábado, 22 de noviembre de 1997.

«La Rendició»

(I parte)

Texto original de Francisco Máñez Iniesta
traducido al valenciano por el Gabinete de Normalización Lingüística
de la Universidad de Alicante

REPARTO

Soldado:	Iván Giménez
Caballero Bernardo Arnau:	Juan Poveda
Doña Constanza:	M. ^a Carmen Rodríguez
Doña Blanca:	Mensi Romero
Caballero Jimeno de Urrea:	Fran Cabrera
Obispo Arnaldo de Gorb:	Andrés Díaz
Caballero Artal de Luna:	Juan Carlos Mestre
Fraile:	Dani Montesinos
Caballero Gallerán de Pinós:	Luis Abad
Caballero Bernardo de Vilanova:	Óscar Rico
Rey Jaime I:	Manuel Moll
Tamborilero:	Emilio Martínez
Sarraceno de Elda 1º:	Antonio Joaquín Navarro
Sarraceno de Elda 2º:	Fernando Moltó
Judío Astruc de Bonsenyor:	Silvestre Navarro
Sarraceno de Petrer 1º:	Manuel Amat
Sarraceno de Petrer 2º:	Antonio Navarro
Damas de la corte:	Juli Navarro y Reme Amat

FICHA TÉCNICA

Asesoramiento lingüístico:	M. ^a Carmen Chico
Realización de escenografía:	Taller de Encarnita
Elementos escenográficos:	Pepa Sarrió
Coordinación vestuario:	Víctor Vicedo y Fernando Moltó
Realización vestuario:	Fila Jaume I y Asociación Amas de Casa
Sonido:	Carmen Baides
Luces:	Sebastián Tenés
Ayudantes de dirección:	Carmen Baides y Luis Abad
Escenografía y dirección:	Juan Miguel Reig









ÍNDICE

Gratitud	7
Dos palabra tan sólo	9
Introducción histórica	13
Texto teatral en castellano	23
Texte teatral en valenciá	71
Primera escenificación	119



Aquest llibre s'acabà d'imprimir
el 19 de novembre de 1998
en els obradors de l'antiga impremta
de José M.^a Tortosa Noveda,
coincidint amb la commemoració
de la vinguda a Petrer
del rei En Jaume I el Conqueridor
l'any 1265.



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE PETRER